

Tayama Katai

EL EDREDÓN

novela naturalista

japonesa



308
J88

no. 124
ej. 2

jornadas

124

EL COLEGIO DE MÉXICO

cb564487

308/J88/no.124/ej.2

Tayama, Rokuya
El edredón

TITULO

cb564487

308/J88/no.124/ej.2

Tayama, Rokuya
El edredón



EL COLEGIO DE MEXICO



3 905 0564487 G

Fecha de vencimiento



13688

JORNADAS 124

EL COLEGIO DE MÉXICO

CENTRO DE ESTUDIOS DE
ASIA Y ÁFRICA

EL EDREDÓN

NOVELA NATURALISTA JAPONESA

Tayama Katai

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Traducción de Daniel Santillana García

Asesor y supervisor de la traducción:

Guillermo Quartucci

Biblioteca Daniel Osorio Villegas

EL COLEGIO DE MEXICO. A. C.



JORNADAS 124

EL COLEGIO DE MÉXICO

308
J88
no. 124
H.2

895.63

T236e

Tayama, Rokuya, 1871-1930.

El edredón: novela naturalista japonesa /
Tayama Katai [seud.] ; traducción de Daniel
Santillana García, asesor y supervisor de la
traducción: Guillermo Quartucci. - - México:
El Colegio de México, Centro de Estudios de
Asia y África, 1994.

141 p. ; 17 cm. - - (Jornadas ; 124)

ISBN 968-12-0600-2

*Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/
Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.*

Portada de Mónica Diez-Martínez

Ilustración de la portada: Matazo Kayama, *Mujer
reclinada en Kimono*, 1987, tomada del libro
publicado por Shorewood Fine Art Books,
Connecticut, 1990.

Primera edición, 1994

D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0600-2

Impreso en México/ *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Introducción	9
La sociedad japonesa que acogió al naturalismo	9
El naturalismo	15
Datos biográficos de Tayama Katai	21
Comentarios sobre <i>El edredón</i>	25
La presente versión de <i>El edredón</i>	27
Bibliografía	28

EL EDREDÓN

Capítulo I	33
Capítulo II	39
Capítulo III	47
Capítulo IV	59
Capítulo V	77
Capítulo VI	87
Capítulo VII	103
Capítulo VIII	111
Capítulo IX	125
Capítulo X	131
Capítulo XI	139

INTRODUCCIÓN

Es a fines del siglo XIX cuando, al calor de las teorías deterministas de Hipólito Taine y de las científicas de Claude Bernard, surge el naturalismo en la novela francesa.

Once años separan la publicación, en Francia, de *La novela experimental* (1874) de Emile Zola (1840-1902), del primer estudio crítico aparecido en Japón acerca del movimiento naturalista francés. Rápidamente surgen varios seguidores del naturalismo por todo el país.

Entre ellos destaca por mérito propio Tayama Katai (1872-1930). Vale la pena destacar que, previamente al inicio de su "periodo naturalista", Tayama Katai estableció los límites de su propio naturalismo. Las novelas son así parte de la praxis del autor de "Describir sin adornos" ("Rokotsu naru byoosha", 1904).

LA SOCIEDAD JAPONESA QUE ACOGIÓ AL NATURALISMO

La sociedad japonesa enfrentó, entre 1868 y 1912 (que a nivel político coincidió con el reinado del Tenno Meidiyi), el gran reto de la modernización del país en todas las esferas de la realidad, entre ellas la

literaria. En el ámbito de las letras los escritores japoneses adoptaron y superaron, en tan sólo cincuenta años, todos los “ismos” que occidente edificó en varias generaciones de autores: desde el romanticismo hasta el simbolismo, pasando, claro está, por el naturalismo, de tal suerte, que el abismo que separaba el desarrollo de la retórica de la ficción de ambos mundos desapareció en un lapso muy breve.

La novela *El edredón (Futon)*, que Tayama Katai escribió en 1908 (Meidiyí 40), empezó a madurar cuatro años antes, cuando Katai marchó como corresponsal al frente ruso-japonés. Explica Tayama Katai:

Me había determinado a escribir una novela sobre mi Anna Mahr desde la primavera, cuando la guerra contra Rusia estalló.¹

Katai regresó a su patria en septiembre de 1904. La guerra terminó un año después. Por aquel entonces, dice Tayama Katai,

La sociedad japonesa, aunque todavía aguardaba las reparaciones de guerra, adquirió una gran animación en

¹ Anna Mahr es la heroína de *Almas solitarias* de Gerhardt Hauptmann (1862-1946). Este personaje inspiró la creación de Yokoyama Yoshiko, protagonista de *El edredón*. En la vida real hubo también una Anna Mahr para Katai: ella se llamó Okada Michiyo (1885-1968), quien fue discípula de Katai desde febrero de 1904 hasta enero de 1906. Cf. Okada Michiyo, “Katai no Futon to watashi” (“*El edredón* de Katai y yo”) *Fuyin Asaji* (Tokio), julio, Shoowa 33, 1959, pp. 202 y ss.

todos los aspectos de la vida, como consecuencia de la victoria.²

Mas la revolución industrial, que permitió a Japón alcanzar tanto las victorias contra China (1894-1895) y Rusia (1904-1905), como un gran desarrollo económico, superior incluso, al de algunos países de occidente, creó serios problemas a la nación. Los más importantes fueron el desempleo y la injusta distribución de la enorme riqueza generada.

Otra consecuencia negativa de ambos triunfos fue que, desde el momento en que las altas esferas del gobierno de Meidiyi decidieron ir a la guerra, el Estado procuró estimular el nacionalismo, fortalecer la imagen paterna del Tenno progenitor de la gran familia japonesa, mientras se respondía con una violencia desmesurada a los grupos opositores y se incrementaba la censura; ante este panorama muchos escritores se ensimismaron. El ambiente de terror hizo que la vida y el arte se volvieran absurdos; la muerte y la carencia de identidad, el único presente posible.

Las iglesias cristianas trataron de mitigar estos aspectos negativos de la industrialización capitalista japonesa aprovechando la libertad que el edicto de 1873 les concedía.³

Junto a este cristianismo social surgió el naturalismo en literatura, el cual, a su modo, también enfa-

² Tayama Katai, "Watashi no Anna Mahr" ("Mi Anna Mahr") en *Tokio no sanyuunen (Treinta años en Tokio)*, Tokio, Iwanami, 1989, p. 207.

³ *Ibid.*, p. 206.

tizaba los tiempos difíciles que vivía el pueblo. Sobre todo las iglesias protestantes mantuvieron una estrecha relación con los escritores románticos por medio de revistas como *Yogaku*, órgano del grupo Bungakukai (“Sociedad literaria”) (1893-1898), al que asimismo Tayama Katai se unió en 1896. En “Watas-hitachi no guruupu” de *Tokio no sanyuunen*, Katai relata cómo ingresó al grupo *Bungakukai*; dice Katai:

[...] la muerte de Kitamura Tookoku⁴ me permitió acercarme al grupo *Bungakukai* [...] entré en contacto con ellos a través de una carta de condolencias [...] así empecé a enviar contribuciones periódicas a su revista [...]

En la fiesta de año nuevo,⁵ que los del *Bungakukai* celebraron en un cuarto en Neguishi, conocí a Shimadzaki Tooson, Baba Kochoo, Jirata Tokuboku, Ueda Bin y Togawa Shuukotsu.⁶

Por otra parte, la iglesia protestante también mantuvo nexos con los escritores de la novela del Koku-min Bungaku (Literatura popular), la cual floreció entre 1878 y 1887.⁷

⁴ Kitamura Tookoku (1868-1894) fue el romántico más importante entre los escritores japoneses. Miembro de la Iglesia Presbiteriana, con fuerte influencia de los cuáqueros, se suicidó ese año.

⁵ Fin de 1895.

⁶ Cf. William K. Bunce, *Religions in Japan. Buddhism, Shinto, Christianity*, Tokio, Charles E. Tuttle, 1959, p. 152.

⁷ Cf. Turney Alan, *Sooseki Development as a Novelist until 1907, with Special Reference to the Genesis, Nature, and Position in his Work of 'Kusa Makura'*, Tokio, Toyo Bunko, 1985, p. 7.

Con el movimiento romántico y el de la novela política, la literatura japonesa empezó a abordar seriamente los problemas sociales; sin embargo, ni los románticos, ni los escritores políticos, ni los naturalistas, pese a que partían del individualismo protestante occidental, pudieron crear una clara conciencia individualizada, debido a una conjunción de factores culturales y sociales. Al respecto Irena Powell asienta que:

Los mecanismos de control social, tanto externos (el sistema político y legal en el cual uno tiene que vivir) como internos (la moral, las costumbres, la tradición), eran mucho más opresivos en Meidiy que en una sociedad liberal y atentaban contra la integración del yo individual.

Los escritores sólo podían practicar la nueva moral naturalista dentro de un medio ambiente pequeño y experimental, aunque al elevado costo psicológico de ignorar casi completamente las expectativas diarias de la sociedad.⁸

Otra consecuencia negativa de la victoria sobre los rusos fue, que tras ella, el mundo literario japonés se dividió en dos grupos: uno de ellos se desplazó de la inclinación por el socialismo a una literatura que poco a poco se definió claramente por esta opción y llegó a integrar la corriente llamada "literatura proletaria". El segundo grupo pasó del naturalismo a la "novela del yo",

⁸ Irena Powell, *Writers and Society in Modern Japan*, Hong Kong, Kodansha International, 1983, p. 29.

es decir, del individualismo, al aislamiento social y radical. Para ello hubo razones. Irena Powell explica:

En contraste con Europa [...] en Japón, tras el establecimiento del naturalismo, la mayoría de los novelistas vivieron como exiliados internos. Abandonaron las universidades, sus empleos regulares, su familia o negocios y llevaron una vida disoluta que arruinó su salud [...].

Huyeron de la sociedad y entraron a una pequeña comunidad, el *bundan*, que tenía una atmósfera especial de paraíso para los reclusos sociales. Este nuevo *bundan* surgió en 1907.⁹

En el *bundan* los escritores japoneses, en general, entraron en contacto, por primera vez, con el naturalismo francés, aunque Tayama Katai afirma, en *Treinta años en Tokio*, que él ya había leído a Emile Zola desde su adolescencia.

El edredón de Tayama Katai es una novela naturalista en la cual la crítica sociopolítica se encuentra ausente. Sin embargo, aunque *El edredón* no intenta socavar al Estado, en el contexto del optimismo posterior al fin de siglo, esta novela cumple el papel de exhibir descarnadamente lo que se esconde tras el respetable hombre civilizado, así como la miseria que se oculta tras la débil sombra del progreso. Por ejemplo, la protagonista Yokoyama Yoshiko se esfuerza (y a veces se rinde) por ocultar su rusticidad (es decir,

⁹ *Ibid.*, p. 30.

su carácter japonés), adoptando los aspectos más visibles y superficiales del modo de ser occidental; el cristianismo le atrae por las festividades, pues para ella no es fácil alcanzar el sentido profundo de esta religión, que para fin de siglo era ya muy popular en Japón.

EL NATURALISMO

Claude Bernard escribió *Introducción al estudio de la medicina experimental* en 1865, que ejerció considerable influencia en la metodología y epistemología de su tiempo.

Posteriormente, Emile Zola trató de ajustar los principios cientificistas de Bernard a la creación novelesca en su ensayo titulado "La novela experimental", en el cual postuló la unidad de la novela y la ciencia. Las diferencias entre ellas, dice Zola, son de grado: cuantitativas y no cualitativas.

Al aplicar el método experimental de las ciencias naturales a la novela, Zola parte del mismo supuesto que Bernard: ambos consideran que la realidad está "dada" (el experimentador no construye su objeto de estudio, sólo se limita a los hechos), es decir, consideran ahistóricamente a la realidad, pues según este razonamiento, ella no es edificada. Este hecho lo explica Thomas J. Kiddie de la siguiente manera:

[...] yo sostengo que Zola está construyendo un género literario llamado novela naturalista, en el cual presenta un amplio panorama de un sistema decadente, y que al

mismo tiempo intenta definir un movimiento literario único, como reacción contra el romanticismo. [...] Zola abjura del romanticismo, no sólo al reducir el amor a un mero instinto sexual, sino también en la forma en que sus personajes se acercan a su mundo. Los personajes de *L'Assomoir*, por ejemplo, están excluidos de la historia y de la posibilidad de expresión cultural. Los eventos de la novela aparecen sin relación con ninguna época. No podemos localizar fácilmente el tiempo de las acciones: excepto por algunas referencias ocasionales al Emperador, los personajes tampoco hacen referencia a las corrientes (artísticas de su momento). [...] La ahistoricidad (de las novelas de Zola) no sólo demuestra la reducción del hombre al estado animal, sino que también refuerza mi argumento de que Zola intenta con toda conciencia superar el romanticismo, dado que la preocupación por la historia es una parte esencial de la visión de mundo del romanticismo.¹⁰

En *El edredón* las referencias históricas a la era Meiyi también son mínimas, y en su mayor parte sólo hablan de un progreso en abstracto, que tiene relevancia como explicación del carácter femenino ideal que ni Yoshiko ni la esposa del protagonista alcanzan nunca (aunque a esta última eso no le preocupa).

Una vez establecido el ahistoricismo, la única práctica posible se desarrolla en el espacio comprendido entre los límites de la observación del fenómeno

¹⁰ Thomas James Kiddie, *Eros and Ataraxy. A Study of Love and Pleasure in the Fiction of Zola, Cambaceres, and Fontane*, Nueva Jersey, Graduate School New Brunswick Rutgers, 1987, pp. 78 y 84.

(su conocimiento) y los del conocimiento de su pertenencia a un tipo de legalidad.

De esta manera objeto y sujeto mantienen una realidad dicotómica irreductible. Tal es el origen de la separación teoría-práctica que el poeta Ishikawa Takuboku (1886-1912) critica en la novela naturalista japonesa. Dicha dicotomía es causa del alejamiento del experimentador respecto al objeto de su experiencia; separación que Zola encomia.

Por otra parte, esta especie de positivismo comitiano de la novela no contenía solamente una doctrina acerca de la ciencia, sino también, y antes que nada, una doctrina sobre las normas necesarias para la reforma moral de la sociedad. Por ello Zola afirmaba:

[Los naturalistas] somos moralistas experimentadores que demostramos por la experiencia cómo se comporta una pasión humana en un medio social. El día que conozcamos el mecanismo de esa pasión podremos intentar reducirla o, por lo menos, hacerla lo más inofensiva posible. En esto reside la utilidad práctica y la elevada moral de nuestras obras naturalistas que experimentan sobre el hombre, que desmontan [...] la máquina humana con el fin de hacerla funcionar bajo la influencia de los medios.¹¹

Para ello los naturalistas necesitan encontrar la causa determinante que produce el efecto pasional

¹¹ Emile Zola, "La novela experimental", en *El naturalismo*, selección, introducción y notas de Laureano Bonet, trad. de Jaime Fuster, Barcelona, Península, 1972, pp. 46 y 47 (Ediciones de Bolsillo).

objeto de estudio. Por ejemplo, en *El edredón*, Takenaka Tokio, personaje principal de la novela, es un ser sometido a la fuerza de su pasión sexual. El problema en términos de Zola consiste en encontrar las causas del comportamiento desquiciado de Tokio. Bernard, afirmaba Zola, llamaba determinismo a “la causa que determina la aparición de los fenómenos”; era pues, sólo una causa próxima.

Buscar la causa determinante de las pasiones tiene una justificación: a través de ella los naturalistas pretenden reformar la sociedad. La misma razón vale para el retrato de la vileza humana, de la bestia humana, como la llama Zola.

Zola hace énfasis, sobre todo, en tres vicios de la bestia humana: la intemperancia sexual, el alcoholismo y la profanación de los tabúes. Enfrenta la novela naturalista no sólo en cuanto al tema de la historia, sino también en el tema del amor. Según Zola no existe la mínima posibilidad de que los personajes experimenten algo de amor. Pero no sólo el amor es inalcanzable, sino que incluso el placer sexual es, también, algo inexistente debido a las fuertes demandas del instinto.

En *El edredón*, por ejemplo, Takenaka Tokio no se siente amado ni por su esposa, ni por su alumna Yoshiko, pero tampoco obtiene satisfacción sexual con ninguna de ellas. Tokio es atrapado por el alcohol, que se convierte en sustituto del placer. Thomas James Kiddie afirma al respecto:

El consumo excesivo del alcohol es una convención en la novela naturalista, que maneja dicha convención pa-

ra ejemplificar la desintegración de los personajes.¹²

En los personajes naturalistas se integran dos esferas vitales diferenciadas: la externa, es decir, social, y la interna, connatural al individuo, generalmente considerada herencia genética. Esto es precisamente lo que Zola destaca en el planteamiento de Bernard, a quien cita en el siguiente fragmento:

En la experimentación sobre los cuerpos muertos, sólo hay que tomar en cuenta un medio, el medio cósmico exterior, mientras que en los seres vivos elevados, existen por lo menos dos medios a considerar: el exterior o extraorgánico y el interior o intraorgánico.¹³

Por el exterior el naturalismo llega a retratar a un grupo social, en un medio ambiente determinado. A través del segundo, a la inspección minuciosa de las determinaciones hereditarias, psicológicas e instintivas.

El edredón, y en general, el proyecto naturalista de Tayama Katai, es una novela que establece una ruptura entre ambos medios. En este proyecto, el medio interior o intraorgánico hace alusión a un pasado remoto y establece vínculos entre el hombre actual y el prehistórico. Según Tayama Katai el hombre natural es más auténtico, mientras que el hombre que vive en sociedad y acepta sus reglas es un ser artificial; sin embargo, el hombre no puede vivir aislado de la sociedad. Hay un

¹² T. J. Kiddie, *op. cit.*, p. 61.

¹³ E. Zola, *op. cit.*, pp. 38 y 39.

abismo lleno de contradicciones entre el hombre auténtico y el ser social. Las relaciones entre el medio exterior y el intraorgánico son problemáticas y están en conflicto incluso dentro de cada personaje de las novelas naturalistas de Tayama Katai. En *El fin de Dyuuemon* (*Dyuuemon no saigo*), novela que escribió en 1902, el narrador explica esta relación problemática en los términos siguientes:

Seis mil años de historia y costumbres es un periodo muy largo para construirse una segunda naturaleza, o embellecerla. Pero, ¿puede la naturaleza permanecer sometida siempre, siempre, por esos seis mil años de historia? [...] existen los dioses, los ideales, pero todos ellos no son nada al compararlos con la naturaleza. Existen principios morales e imaginación, pero nada es tan grande como la naturaleza.¹⁴

Esta es la diferencia entre el naturalismo de Tayama Katai y el de Zola, pues, según Katai, no siempre se pueden reprimir los impulsos naturales, porque pese al humano orgullo por el mundo construido por su razón, siempre existen momentos en que lo oscuro, lo irracional, la naturaleza, cobran su deuda y el pensar ordenado desaparece, absorbido por el océano de los instintos que seis mil años de mentiras no pueden cancelar. En Katai no existe el optimismo positivista que se manifiesta en Zola, en términos de la esperanza de éste en el fu-

¹⁴ Tayama Katai, "Dyuuemon no saigo", en *Tayama Katai Shuu*, Tokio, Kodansha, Shoowa 37, 1962 p. 31 (Nijon guendai bungaku senshuu, 21).

turo y en el desarrollo de la ciencia. Sin embargo, ambos opinan que la suma del ambiente y la herencia, lo interno y lo externo, abarcan la totalidad de lo humano, y que observar críticamente tal relación es su deber moral y constituye su compromiso social.

DATOS BIOGRÁFICOS DE TAYAMA KATAI

Tayama Katai (cuyo verdadero nombre era Tayama Rokuya) nació en Tatebayashi, en la prefectura de Gunma. Era hijo de un samurai de bajo rango, quien se trasladó con toda su familia a la ciudad de Tokio para huir de la miseria. Al morir en 1877 en la rebelión de Satsuma como soldado leal al Tenno Meidiy, los problemas económicos de la familia de Katai se acentuaron.¹⁵

Tayama Katai regresó con su familia a Tatebayashi donde permaneció hasta 1886, fecha en la que marchó de nuevo a Tokio, decidido, esta vez, a hacerse escritor confiado en su educación autodidacta y en su conocimiento del inglés y el francés.

En 1891 conoció a Odzaki Kooyoo¹⁶ y con su ayuda, Katai empezó a publicar historias en las revistas.

Mientras participaba en el grupo de Kooyoo y colaboraba con los románticos, se asoció con Kunikida

¹⁵ Cf. Shiden Taiyiroo. "Tayama Katai Keifu" ("Genealogía de Tayama Katai"), en *Tayama Katai to furusato* (Tayama Katai y su terruño), *Miyama Bunko* (Tokio), Showa 43, 1969, núm. 2, p. 110.

¹⁶ T. Katai, "Kooyoo Sanyin o Tou" ("Visita a Kooyoo"), en *Tokio sanyuunen*, *op. cit.*, p. 44.

Doppo y Miyadzaki Koshoshi, con quienes en 1897 produjo un libro de poesía del “nuevo estilo literario” llamado *Yoyooshi (Poesía Lírica)*, única incursión de Katai en este género literario.¹⁷

Katai realizó un camino hacia lo que él llamó la “subjetividad ultranatural” (*daishidzen no shukan*),¹⁸ que lo alejó poco a poco del lirismo. El primer fruto de esta postura fue *Dyuuemon no saigo*, que desde el punto de vista de quien escribe estas líneas, es una obra muy cercana a los postulados naturalistas de Zola.

En 1904, Katai publicó su ensayo *Rokotsu naru byoosha* donde explicitó su postura en favor del lenguaje y los temas llanos siguiendo el ejemplo de los naturalistas, en particular de Zola, Ibsen y Dostoievski.

Aunque aún no era muy reconocido en el mundo literario japonés, una muchacha provinciana llamada Okada Michiyo le escribió a Katai tres cartas en las que le solicitó ser admitida en calidad de *kobun*.¹⁹ Ella llegó a casa de Katai en febrero de 1904.

¹⁷ Fukuda Kioto, “Tayama Katai no shoogai” (“Vida de Tayama Katai”) en *Tayama Katai*, Tokio, Shimidzu Shoin, Showa 60, 1988, p. 42 (Jito to sakujin, 38).

¹⁸ Tayama Katai, *The Quilt and Other Stories*, por Kenneth Henshall, Tokio, University of Tokio Press, 1981, p. 12.

¹⁹ Esta relación jerárquica vertical se establecía entre el padre (*oyabun*) -maestro, que se encontraba en la cima, y el hijo (*kobun*) -discípulo que ocupaba un lugar subordinado.

En la relación *oyabun-kobun* el primero prestaba su nombre ya socialmente reconocido, así como su consejo y experiencia, y el segundo actuaba casi como sirviente de su maestro.

También Tayama Katai mantuvo en su juventud relaciones *oyabunkobun* en los grupos literarios a los que perteneció, como alumno primero y, más tarde, como maestro.

Katai escribió *El edredón* en unos cuantos días de 1907. En “Watashi no Anna Mahr” afirma:

[...] de entre todos los miembros del *bundan*, sólo era yo quien no lograba concretar ninguna obra importante [...] Kunikida Doppo había publicado sus *Obras escogidas*, y Shimadzaki Tooson *El mandamiento roto*, [al compararme con ellos] me sentía un fracaso, por lo cual cuando el señor Y•K vino a ofrecerme dinero por escribir una novela, acepté. Sólo había un problema: ¿De qué escribir? [...] Por aquel entonces vivía bajo la fuerte impresión de *Almas solitarias* de Gerard Hauptmann, además, afortunadamente, había leído un buen número de otros autores europeos. Había hecho un largo recorrido por las ideas de Tolstoi, Ibsen, Strindberg y Nietzsche [...] [por otra parte] había determinado escribir una novela sobre mi Anna Mahr [...] desde la primavera cuando la guerra contra Rusia estalló [...] [así que] me senté ante mi escritorio y empecé a escribir [...] completé la obra en diez días.²⁰

El edredón es el retrato naturalista (en cierto sentido objetivo) de la pasión sexual y consecuente alcoholismo de un hombre (influencia francesa), y además, una crítica al optimismo del régimen Meidi y a su organización familiar, escrito con un lenguaje que mezcla el estilo elevado y bajo.

Tayama Katai fue corresponsal de guerra entre febrero y septiembre de 1904. Las experiencias como

²⁰ T. Katai, “Watashi no Anna Mahr”, en *Tokio no sanyuunen...*, *op. cit.*, pp. 205-208.

corresponsal de guerra le dieron material para escribir *Ippaisotsu* (1908, *Un soldado*), que es un alegato pacifista.

Katai profundizó su crítica a la familia iniciada en *El edredón* en tres novelas más: *Sei* (1908, *Vida*), *Tsuma* (1908-1909, *Esposa*), y *Parentesco* (1910).

El método naturalista de investigación y representación de la realidad novelada alcanza una gran calidad y depuración en *Inaka Kyooshi* (1909, *El maestro rural*), que es también una novela donde la muerte y la naturaleza son los principales protagonistas.²¹

Después de su periodo naturalista Tayama Katai escribió ya sin obtener mucho éxito una gran cantidad de cuentos y novelas, entre las que destacó *Dzan setsu* (1918, *Restos de nieve*).

Katai murió de cáncer en la garganta en 1930. Aquella mañana esperaban su deceso muchos periodistas que tenían como misión dar a conocer la nueva a sus lectores. En un hilo de voz Tayama Katai comentó que sería una grosería decepcionarlos; entonces exhaló su último suspiro.

COMENTARIOS SOBRE *EL EDREDÓN*

En general la crítica literaria no se ha ocupado en desentrañar el sentido alegórico de los trabajos de Zola; a pesar de que ya desde el siglo pasado la condesa

²¹ Respecto al método de creación v. Tayama Katai, "Inaka Kyooshi", en *Ibid.*, pp. 251-259.

Emilia Pardo Bazán estableció un parangón entre las novelas de Zola y los *Diálogos* de Platón.

Mi propuesta de lectura de *El edredón* intenta rescatar su simbología en el entendido de que el primer plano de lectura pasa por los parámetros más evidentes de las reglas establecidas por Zola (a las que ya aludimos en las páginas anteriores).

Me justifica la altura²² de la "Colina Cristiana" y el río "Paraíso" desde donde se inicia la novela. Al abrirse *El edredón* observamos al personaje principal precipitándose desde el "Paraíso" hasta los abismos del pecado. Este individuo camina errante en el mundo caótico de los hombres después de abandonar el espacio armónico de los dioses. Ópticamente es un ser en decadencia. El ciclo se cierra cuando su desplome es ya irremediable. Entre el comienzo y el fin de la novela el personaje (Takenaka Tokio) renuncia paulatinamente a sus altos ideales. La caída explicará la condición degradada de ese ser y contrastará dicha condición con la de anterior y mítica concordia.

Ahora bien, como durante todo el primer capítulo no se le da nombre al personaje principal (el narrador se refiere a él llamándole sólo "el hombre"), éste puede entonces, considerarse genérico; como Zola hacía y recomendaba (de ahí el sentido alegórico que tan acertadamente descubrió la condesa Pardo Bazán). *El edredón* narraría así la decadencia de la especie humana.

²² Para un estudio del sentido sagrado de las alturas v. Mircea Eliade, "Mountains", en *The Encyclopedia of Religion*, vol. 10, Nueva York, Mac Millan, 1987, pp. 130 y ss.

La desarticulación del humano lo enfrenta consigo mismo borrando la tenue capa de seis mil años de historia de la cultura. El reconocimiento de su intimidad (animal) no es feliz, por el contrario, no hay nada más atroz que conocerse sin civilización, y al mismo tiempo, con la plena y feroz conciencia de que la civilización es una pesadilla que deglute a su dueño, pues exige el ser entero a cambio de nada. En la realidad así retratada el personaje no tiene opción: cualquier decisión lo condenará, debido a que jamás podrá regresar a la armonía (pureza animal) original. Se ama lo mismo que se rechaza. Se teme y se anhela el estado de animalidad primitiva absoluta, esto es notorio, sobre todo en los capítulos segundo y cuarto. En tal sentido es particularmente importante el capítulo cuarto, cuando Takenaka Tokio alcanza la cumbre de cierta colina, sólo para encontrarse con que el sol se ha puesto, dios se ha ocultado, y con que esa colina es sólo un reflejo de la verdadera colina que existe, para siempre, en el pasado (si es que el pasado existe). ¿Qué le resta al hombre sino vivir acosado por la nostalgia de aquella antigua concertación espiritual?

En el momento en que Tokio entiende esto clara y distintamente, como un loco, empieza a golpear su cuerpo en un insensato intento de librarse de los deseos que éste genera. Particularmente patético es el momento en que para vengarse de su amada, Tokio se separa voluntariamente de ella, aunque eso signifique la aniquilación de ambos.

Por otra parte, *El edredón* es, asimismo, un drama psicológico en el que se desarrolla un enfrentamiento

entre los dos extremos de la sensibilidad decimonónica: el ideal que como resabio dejó el romanticismo y la compulsión fisiológica.

El narrador de *El edredón* asume una división de la realidad en dominios de materia (carne, animalidad) y espíritu (cultura, refinamiento, civilización) que conduce a la hipertrofia de ambos. El mundo físico es ruin, bajo y sin redención pero es el más poderoso, mientras que la vida del espíritu es, desde los primeros renglones de la novela, una pretensión absurda e imposible.

El conflicto de *El edredón* no se resuelve por la elección de uno de los contrarios y la eliminación del otro, sino por la integración enloquecedora de ambos.

LA PRESENTE VERSIÓN DE *EL EDREDÓN*

La novela de Tayama Katai fue traducida de su idioma japonés original por el autor de estas líneas bajo la supervisión del profesor Guillermo Quartucci en dos intensos semestres, interrumpidos por un periodo intermedio de cuatro meses, en los cuales el traductor viajó por Japón y pasó muchos días en las bibliotecas de Machida, Tokio y Sagamijara tratando de penetrar el sentido, a veces, de un solo enunciado.

Para la transliteración de los nombres japoneses se siguió el método creado en El Colegio de México por la profesora Yoshie Awaijara, pues es el más cercano a la pronunciación del español que se habla en México.

Autocríticamente podemos afirmar que esta traducción es menos literal que la inglesa de Kenneth Henshall, aunque esto mismo ha hecho más diáfana la sintaxis de nuestro *Edredón*.

Cierto es que este criterio es personal y discutible, pero si la hubiera presentado de la otra manera, habría hecho casi ininteligible la propuesta naturalista de Katai, para la cual era fundamental el uso del lenguaje llano y “describir sin adornos” (“Rokotsu naru byoosha”), que era lo que nos interesaba rescatar.

BIBLIOGRAFÍA

- Beser, Sergio (ed.), *Clarín y La Regenta*, Barcelona, Ariel, 1982, 200 pp.
- Boscaro, Adriana, “Notes on the Impact of Christianity on Japanese Ways of Thought and Its Role in the Modernization of Japan” en *Studies on Japanese Culture*, vol. 2, Tokio, Japan Pen Club, 1973, pp. 3-7.
- Bunce, K. Williams, *Religions in Japan, Buddhism, Shinto, Christianity*, Tokio, Charles E. Tuttle, 1959, 193 pp.
- Eliade, Mircea, *El mito del eterno retorno*, 5a. ed., trad. Ricardo Anaya, Madrid, Alianza/Emecé, 1984 (El Libro del Bolsillo, 379), 170 pp.
- “Mountains” en *The Encyclopedia of Religion*, vol. 10, Nueva York, Mac Millan, 1987, pp. 129-134.
- Fukuda, Kioto, “Tayama Katai no shoogai”, en *Tayama Katai*, Tokio, Shimidzu Shoin, Showa 60, pp. 9-111.

- Futabatei, Shimei, *Ukigumo, Japan's First Modern Novel*, trad. y comentario crítico por Marleigh Grayer Ryan, Nueva York, Columbia University Press, 1971, 381 pp.
- Ishikawa, Takuboku, "Poemas para comer" trad. e introd. de Óscar Montes, *Estudios de Asia y África*, México, XII: 3 (38), 1978, pp. 397-408.
- Keene, Donald, *Dawn to the West, Japanese Literature of the Modern Era*, vol. 1, *Fiction*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1984, 1315 pp.
- Kiddie, Thomas James, *Eros and Ataraxy a Study of Love and Pleasure in the Fiction of Zola, Cambarces and Fontane*, Nueva Jersey, Graduate School New Brunswick Rutgers, 1987, 232 pp.
- Knaut, Lothar, Takabatake Michitoshi y Michiko Tanaka (comps.), *Política y pensamiento político en Japón, 1868-1925*, México, El Colegio de México, 1992, 230 pp.
- Nagai, Michiyo y Miguel Urrutia, *Meiji Ishin: Restauration and Revolution*, Tokio, The UN University, 1985, 225 pp.
- Natsume, Sooseki, "Tayama Katai kun ni too", *Kokumin Shimbun*, Tokio Meidiy 41, pp. 160-161.
- Okada, Michiyo, "Katai no Futon to Watashi", *Fuyin Asaji*, Tokio, Shoowa 33, pp. 202-216.
- Powell, Irena, *Writers and Society in Modern Japan*, Hong Kong, Kodansha International, 1983, 148 pp.
- Shiden, Taiyiroo, "Tayama Katai Keifu", *Tayama Katai to Furusato, Miyama Bunko*, Tokio, núm. 2, Shoowa 43, pp. 110-118.
- Shuichi, Kato, *A History of Japanese Literature*, vol. 3,

- The Modern Years*, trad. Don Anderson, pról. de Edwin MacClellan, Hong Kong, Kodansha International, 1983, 307 pp.
- Tayama, Katai, *Tayama Katai Shuu*, Kodansha, Tokio, Chikuma Shoboo Shoowa 37 (Nijon Bungaku Sen Shuu, 21), 478 pp.
- , “Rokotsu Naru Byoosha”, en *Tayama Katai Shuu*, Tokio, Chikuma Shoboo, Shoowa 45 (Nijon Bungaku Sen Shuu, 10), pp. 435-438.
- , *Tokio no sanyuunen*. Tokio, Iwanami, 1989, 333 pp.
- , *The Quilt, and Other Stories by Tayama Katai*, trad. e introducción Kenneth Henshall, Tokio, University of Tokyo Press, 1981, 202 pp.
- Turney, Alan, *Sooseki Development as a Novelist Until 1907, with Special Reference to the Genesis, Nature and Position in His Work of 'Kusa Makura'*, Tokio, Toyo Bunko, 1985, 333 pp.
- Yanaga, Chitoshi, *Japan Since Perry*, Nueva York, McGraw-Hill, 1949 (Series in History), 636 pp.
- Zambrano, María, *El hombre y lo divino*, 2a. ed., México, FCE, 1973.
- Zavala, Iris M., *La angustia y la búsqueda del hombre en la literatura*, México, UNAM 1965 (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 20), 224 pp.
- Zola, Emile, *El naturalismo*, selección, introducción y notas de Laureano Bonet, trad. de Jaime Fuster, Barcelona, Península, 1972 (Ediciones de Bolsillo), 1972, 206 pp.

EL EDREDÓN

CAPÍTULO I

A medida que descendía por la suave pendiente Kiri-shitansaka¹ de Koshikawa hasta el camino donde la corriente Kokuraku² emergía, cierto hombre meditaba:

Nuestras relaciones han iniciado una nueva etapa. ¡Pero ya tengo treintaiséis años y tres hijos! ¡Qué absurdo! Esto no puede ser. Y sin embargo... Y sin embargo... ¿Me quiere, será verdad? ¿Será amor el aprecio que me demuestra?

Recientemente había recibido una carta encantadora, que le demostraba que lo de ellos no era común y corriente. Pero él estaba casado, tenía tres hijos y era conocido y respetado en su círculo social. Por si fuera poco, se había enamorado de su alumna. A pesar de todo tenía esperanzas en el futuro de su amor. Cómo no abrigar tales ilusiones, se repetía obsesionado, si cuando ambos estamos frente a frente nuestras fisonomías, la luz de nuestros ojos y los latidos de nuestros corazones proclaman nuestros sentimientos de una manera tal que ya no es posible ocultar la tormenta que se abate sobre nuestros seres.

Si tuviera la oportunidad, pensaba, me sería muy fácil romper con aquello que atormenta mi ser, pues

¹ Lit. "Colina Cristiana".

² Lit. "Paraíso".

en realidad nada me importa: ni las normas morales, ni mi esposa, ni mi mundo social, ni mis hijos, nada, ni siquiera el peso de la tradición que gravita siempre en la relación maestro alumno. Nada me importa.

Al menos eso era lo que él se creía capaz de hacer, pero había algo más importante que lo detenía y era que, al mirar en retrospectiva los últimos veintitrés días, dudaba de la sinceridad del amor de su discípula. En este lapso, con frecuencia pensó que ella lo engañaba.

Siempre había sentido que comprendía perfectamente la naturaleza humana, pues era un hombre letrado; pero entonces apareció ella, y toda su autosuficiencia se esfumó, jamás había podido descifrar la mentalidad de su amada, pues aunque la calidez y alegría de ella eran comunes en la naturaleza femenina, tenía una forma de mirar peculiar. La pureza de sus sentimientos y su espontaneidad hablaban de la virginidad de su ser. Era en suma, sentía él, una extraña persona de naturaleza floral, de un tipo que calladamente transmitía consuelo.

Reanudó su marcha, recapacitando en el hecho de que debido al amor que sentía por ella, tendía a considerarla una flor.

—Sí —se dijo—, es una flor en botón, una flor extrañamente hermosa.

Algún día, y eso era inevitable, ambos satisfacerían los deseos de sus corazones.

Siguió su camino pero no pudo alejar de su mente la carta que su discípula le había enviado, documento que por su misma ambigüedad había hecho más incierta su situación afectiva.

La misiva lo hizo sentir que su ser se fragmentaba ante el conflicto bien-mal, tinieblas-luz. Sabía que la fortaleza de su naturaleza masculina le daría alguna ventaja sobre su joven alumna; entonces trazó un plan. ¿Qué pasaría, se dijo, si redoblara el asedio sobre ella? Quizá entonces el asunto amoroso tan largamente esperado se precipitaría al fin.

—Sí —pensó—, cuando incremente la presión, ¿cómo podrá eludirme? No tiene escapatoria, de todas maneras no me van a decir que no sabe lo que es eso: esa muchacha ya ha sido de otro.

Entonces, con desesperación se dio cuenta de lo que esto último significaba: había sido de otro, ¡de otro y no de él! Furioso, angustiado hasta la muerte, empezó a mesar sus cabellos. De otro, de otro se repetía carcomido por el gusano de los celos y la frustración.

Alcanzaba ya el pie de la suave colina, iba vestido con un traje occidental de sarga a rayas, un carrete de paja y un bastón de madera de glicina (barda).

Esto sucedía a mediados de septiembre, cuando el calor del verano tardío todavía era intolerable. Unos minutos antes, el viento otoñal que había refrescado el ambiente, y el cielo de un profundo color azul habían motivado los pensamientos de aquel hombre.

Como todos los días, cuando el sol estaba en el cenit, pasó por la pescadería, la vinatería, la miscelánea, la puerta del templo, y dio vuelta a la esquina hacia la gran tienda departamental conectada por atrás con la miscelánea, rumbo a las chimeneas del barrio industrial de Jirakata, donde laboraba para una editorial.

La compañía le había acondicionado un salón a la occidental en el segundo piso del edificio. El cuarto era amplio, de unos diez tatamis (esteras) de superficie; en su centro había una mesa y un gran librero de estilo occidental lleno casi por completo de libros de geografía. Desde que incidentalmente había editado un volumen de esta materia, se había convertido en un literato que se ganaba la vida preparando obras similares. Su empleo no le agradaba en lo absoluto, aunque fingía lo contrario. Su desarrollo como escritor no se había completado todavía. Su primer escrito de importancia yacía, a medias, en un cajón de su mesa, lo cual no era obstáculo para que su obra menor estuviera recibiendo ya severas críticas por parte de una revista mensual de intelectuales jóvenes, quienes le reprochaban, sobre todo, la falta de sinceridad de sus trabajos.

Una nueva época se estaba iniciando. Día con día la sociedad progresaba. El estruendoso tranvía había trastornado completamente el tránsito en Tokio. Las fraternidades de estudiantes vinieron luego a perturbar la vida de la ciudad. Ahora ya habían surgido, como una nueva fuerza social, incluso, organizaciones de alumnas; las muchachas de antaño ya no existían. Las jóvenes modernas tenían sus propias ideas sobre el amor, la literatura y la política.

Día con día la sociedad se revolucionaba. ¡Con qué asombrosa rapidez aparecían nuevas cosas y nuevas ideas! Pero él cada mañana seguía un camino idéntico, entraba por el mismo portón a la rotativa; oía su movimiento ruidoso; veía entrar y salir por la puer-

ta angosta a los obreros malolientes y sudorosos. Saludaba a la gente del despacho con una inclinación ligera en el largo y estrecho pasillo que lo conducía a su oficina. Allí el calor era insoportable, pues orientado hacia el nacimiento del sol, la luz pegaba de continuo sobre él y sólo en las tardes había un poco de sombra. Además, debido a que los mozos descuidaban la limpieza, un polvo blanco áspero y poco agradable cubría el escritorio.

Entró a su lugar de trabajo y después de fumar tomó, como siempre, un grueso cuadro estadístico, un mapa, una guía informativa y un libro de geografía del librero; luego como lo había hecho durante mucho tiempo ya, reanudó en silencio su labor.

Algo había cambiado, sin embargo, durante los últimos veintitrés días: la confusión de su mente no le había permitido cumplir puntualmente con sus obligaciones; en cada línea se detenía a pensar. Su cabeza flotaba, sus pensamientos giraban fragmentados, furiosos, precipitados en gran cantidad de moléculas de desesperación.

Repentinamente empezó a asociar ideas, y de su pensamiento surgió el título *Almas solitarias* de Hauptmann. Muchas veces había tenido la intención de hacer que su alumna estudiara esta obra antes de seguir adelante con las lecciones. Había querido enseñarle la aflicción y los sentimientos particulares de Johannes Fokerat. Él había leído esa pieza hacía tres años. Entonces no sabía ni soñaba con la existencia de la bella muchacha. En esa época era un hombre solitario. De ninguna manera se había atrevido a compararse

con Johanes; pero si por ventura, hubiera conocido a una mujer semejante a Anna, con presteza habría emulado la pasión de Johanes. Ahora, suspiraba profundamente pues comprendía que jamás podría ser como Johanes. Nunca le explicó *Almas solitarias* a su amada, pero sí el cuento corto "Fausto" de Turgueniev.

Hacía ya mucho tiempo había hecho que su amada escuchara la lectura pausada del "Fausto". Al hacer las explicaciones su voz masculina temblaba como la del protagonista del relato. El colorido de éste seguramente había hecho soñar a su alumna: los ojos de ella brillaban significativamente mientras la luz tenue de la lámpara le iluminaba la parte superior del cuerpo. Aprovechó la penumbra para examinarla con detenimiento, ella siempre iba a la moda: usaba un peinado *pompadour* discreto, una peineta y un listón... En pocas palabras, era el perfume de su cuerpo de mujer..., o quizás... Mesó nuevamente sus cabellos mientras se decía:

—¡Ya basta, basta!

CAPÍTULO II

Aquel hombre atormentado se llamaba Takenaka Tokio.

Hacía tres años su esposa había dado a luz su tercer hijo, y poco después los placeres y otras cosas de los recién casados lo habían desilusionado por completo. Su trabajo terminó por agobiarlo. También su valor para vivir desapareció merced a la repetición constante de los mismos actos: levantarse temprano; ir a la editorial y permanecer en ella cuatro horas; volver a casa por la tarde y soportar las miradas y las caras de su esposa; comer arroz cocido al mediodía, y finalmente retirarse a dormir. Estaba realmente harto de la monotonía de su vida.

Ni mudarse de casa, ni platicar con sus amigos habría sido interesante; ni siquiera la lectura de una extensa novela extranjera lo habría satisfecho. Así como de un arbusto entre los matorrales gotea agua de lluvia y las flores se abren y caen, pues de tal suerte son las cosas en la naturaleza, de la misma forma su vida cotidiana había abatido su espíritu. Habría sido mejor permanecer soltero. Con frecuencia pensaba en ello, pues deseaba volver a sentir con intensidad al caminar por la calle y ver jóvenes hermosas.

Padecía la angustia de todos los hombres entre los treintaicinco y cuarentaicinco años. Muchos de ellos se distraían con mujeres envilecidas, muchos otros escapaban a dicha angustia mediante el divorcio; al final, de cualquier forma, su soledad se curaba.

Antes de conocer a su alumna, la vida de Takenaka Tokio era solitaria y vacía. En aquella época su única diversión consistía en su diario encuentro con una joven maestra, con quien se cruzaba todas las mañanas al dirigirse a la editorial. Jugaba a imaginar que ella se convertía en su segunda mujer e iban juntos a diversos lugares; por ejemplo a una pequeña casa de té cercana a Kagurasaka. ¡Ah! Pero tal posibilidad no había existido nunca. Si por lo menos su esposa, que en aquella época estaba embarazada, hubiera muerto a consecuencia del parto, habría quedado en libertad para salir con la joven maestra.

Fue entonces cuando recibió una breve misiva llena de sentimientos de admiración por su obra de parte de una alumna del Instituto Femenino de *Koobe*. Esta joven, oriunda de la ciudad de Niimi en Viicchuu, se llamaba Yokoyama Yoshiko.

Si en el círculo social en donde se oía su nombre de vez en cuando se elogiaba el bello estilo de la prosa de Tokio, aunque no su sinceridad, desde provincia le llegaba a éste una abundante correspondencia de sus admiradores. Takenaka les corregía el estilo, pero no estaba interesado en hacer un discípulo de cada remitente. Tokio, como era de esperarse, le contestó a Yoshiko a regañadientes; mas ella insistió enviando otras dos cartas en donde, en términos similares, expresaba

el “deseo de ser su discípula, pues quería dedicar su vida a la literatura”, frase que al escritor le causó cierta curiosidad y motivó una respuesta especial. Al parecer la remitente tenía 19 años, pero sus redacciones estaban llenas de expresiones ingeniosas; además, su letra poseía una soltura muy elegante y femenina.

Takenaka Tokio aprovechó las horas de su oficina para escribir su respuesta a Yoshiko. Fue ésta tan larga, que ese día no pudo concluir sus labores en la editorial.

En la misiva, Tokio opinaba que la literatura era algo contrario a la naturaleza femenina, ya que, dicha naturaleza, implicaba sólo dos posibilidades fisiológicas: o ser madres, o ser vírgenes hasta el matrimonio, y en cualquier caso, ¿cómo podría una muchacha pura, o una ama de casa explicar minuciosamente ciertos asuntos groseros? Al llegar a esta frase Takenaka sonrió resignado.

Buscó luego en el librero un mapa de la prefectura de Okayama para investigar en qué lugar estaba la nueva ciudad de Niimi. Desde la línea Sanyoo hasta el valle del río Takajashi, remontándose río arriba varios kilómetros, la encontró.

Tokio se puso inexplicablemente melancólico al pensar que una mujer de ideas tan modernas y occidentales vivía en medio de las montañas. Observó con cuidado la zona, la topografía, las montañas y el río.

¿Una serrana occidentalizada? ¡Qué ilógico! Por ello, para enviar el sobre que ya tenía listo y sellado lo pensó cuatro días. En la carta de letra pequeña escrita horizontalmente con tinta morada sobre renglo-

nes azules en papel occidental, le decía que abandonara las expectativas de que, en el futuro, pudieran llegar a ser maestro y discípula, a no ser que sus padres le dieran permiso de ir a la capital donde podría estudiar literatura en escuelas de buen nombre.

Tokio no podía entender el entusiasmo de la muchacha porque ni siquiera las graduadas en las escuelas femeninas de la capital comprendían el valor de la literatura. Sin embargo, la calidad literaria de las oraciones de sus cartas demostraba que tenía un amplio conocimiento de la materia. La respuesta de Tokio concretó el vínculo maestro-alumna.

En sus cartas ella usaba letra clara, de rasgos infantiles pero sin los malos hábitos de muchos jóvenes; por eso Tokio llegó a considerar que el desarrollo futuro de ella era esperanzador a medida que menudeaba la correspondencia entre ambos.

Tokio se acostumbró a esperar el arribo de esas cartas mientras se iban conociendo mutuamente.

En una ocasión Tokio estuvo a punto de pedirle a Yoshiko una fotografía. Escribió su solicitud en letras pequeñas en la esquina de una carta, pero a continuación, arrepentido, borró dicha petición.

Tokio estaba convencido de que para las mujeres, cuidar la apariencia personal era muy necesario, y que sólo las mujeres bonitas conseguían compañía masculina. Muy en el fondo de su corazón Tokio sentía que Yoshiko era fea, porque después de todo ella se dedicaba a la literatura. Aunque también esperaba que en la medida de lo posible tuviera, al menos, semejanza con una mujer.

Tras obtener el permiso de sus progenitores, Yoshiko, acompañada por su papá, llegó a las puertas de la casa de Tokio en febrero del año siguiente, exactamente siete noches después del nacimiento del tercero de los hijos de Tokio, un varón.

El día que Yoshiko llegó por primera vez a la casa de su maestro, la esposa de éste pasaba la cuarentena confinada en un cuarto, junto a la sala principal; la hermana mayor de la parturienta había venido para ayudarle. Fue ella quien le dijo a su hermana que la discípula de Tokio era joven y hermosa, cuestión que les preocupó bastante.

Tokio, al platicar con Yoshiko y su padre, tenía el propósito de exponer minuciosamente lo que la vida de un literato era, así como de conocer la opinión paterna acerca de los problemas de las mujeres solteras dedicadas a la literatura.

Durante la conversación, Tokio se enteró que la familia de Yoshiko era la tercera en riqueza y poderío en la ciudad de Niimi; que los padres eran cristianos puritanos, en especial la madre, quien era muy fiel pues había estudiado en la escuela femenina de Dooshisha; que el hijo mayor, cabeza de la familia, había viajado a Inglaterra, y después de regresar del extranjero había enseñado en una escuela de gobierno, y que tan pronto como Yoshiko se había graduado en la escuela primaria de su ciudad, se había trasladado a Koobe e ingresado al Liceo Femenino, donde siguió el estilo de vida occidentalizado de las alumnas.

(Comparada con otras escuelas femeninas, los institutos cristianos eran liberales en lo que se refería

a la literatura. Aunque en aquella época estaba en vigor la ley que prohibía ciertas publicaciones eróticas como *Viento del demonio*, el Ministerio de Educación no intervino en el Liceo de Koobe porque no aparecieron tales libros en los salones de clase.)

Yoshiko llegó a apreciar la devoción y los ideales de los cristianos, no por el contacto con la fe de sus padres, sino hasta que pasó algún tiempo en aquella escuela para señoritas. Sólo entonces hizo suya la noche de Navidad, y también acogió con beneplácito las actitudes llenas de nobleza que ocultan lo vil de los humanos.

Por algún tiempo Yoshiko echó de menos a su pueblo y su madre amorosa; pero dejó de extrañarlos cuando se percató de lo interesante que era el estilo de vida de las alumnas del internado. Ahí las comidas eran plácidas, y los platos deliciosos. Aún la prefecta, una viejecilla encorvada, era simpática.

Al contacto con sus compañeras de clase, Yoshiko dejó de ver la vida a la manera simple de una provinciana. Poco a poco se transformó en una típica alumna de Meidyi por los ideales que alentaba, y por su índole orgullosa que la podía sostener aun cuando no recibiera reconocimiento.

Aquel día, cuando Yoshiko llegó por primera vez a la casa de su maestro, la vida solitaria de éste cesó.

Muchos años habían pasado desde que Tokio había contraído nupcias y su existencia se había vuelto así de desolada. Desde entonces el mundo había cambiado. Durante los últimos cuatro o cinco años la educación de la mujer se había desarrollado; su timidez ya

no se estimaba. Se habían fundado universidades femeninas; los peinados occidentales y los jakamas de color castaño se habían puesto de moda. Por eso, Tokio ya no podía simpatizar con su señora, que en medio de una sociedad así, aún conservaba el anticuado moño redondo, el caminar de pato, la templanza, la moderación y la resignación. Tokio se desesperaba si pensaba que la moderna ama de casa paseaba en armonía con su marido y visitaba junto con él a los amigos comunes y platicaba con ellos fácil y animadamente, mientras que su mujer era indiferente incluso a la literatura que a él le costaba tanto crear.

Solía compararse con Johanes Fokerat, protagonista de *Almas solitarias*. Tanto para la cónyuge de Johanes como para la suya, los sentimientos del marido carecían de sentido. Pero Yoshiko acabó con aquel páramo que fue su vida. Porque, ¿quién no se conmueve si con admiración una discípula joven, hermosa y moderna le dice “profesor”, “profesor”, como si en este mundo él fuera una persona realmente importante?

Al principio Tokio le ofreció hospedaje sólo por un mes. ¡Qué gran contraste entre los días solitarios y tristes que había pasado hasta ahora y la presencia encantadora de la muchacha de voz diáfana!

Además, Yoshiko ayudaba también en las labores domésticas a la esposa de Tokio que acababa de parir. Le tejió unos calcetines, una bufanda; le cosió un kimono, y, a pesar de tanto trabajo, no le molestaba jugar alegremente con los niños de su maestro.

El espíritu de Tokio volvió a ser como en los primeros días de su matrimonio y nuevamente su cora-

zón latió con intensidad a las puertas de su hogar. Bastaba abrir la puerta para encontrar la bella cara risueña de su alumna en el portal y su presencia rica en colores y formas. Hasta entonces, cuando regresaba, encontraba dormidos ya a su esposa y sus niños. La lámpara quedaba encendida en vano. La simiente de soledad crecía en él. Pero ahora, al tornar a casa, veía que a la luz de esa lámpara tejía Yoshiko mientras sobre las rodillas de la joven descansaba la madeja de hilo de colores. La voz risueña y florida de Yoshiko impregnaba toda la morada de Ushigome y hasta los arbustos del pequeño seto del fondo.

Sin embargo, Tokio era consciente de que una situación así no podía prolongarse indefinidamente. Su esposa estaba inconforme y rezaba. Su parentela política murmuraba. Por eso, antes de que terminara ese primer mes, Tokio envió a Yoshiko con la hermana mayor de su esposa, quien recibía una pensión militar de viudez y se ganaba la vida como costurera; de esa forma, Yoshiko podría asistir a la escuela privada de Kooyimachi.

CAPÍTULO III

Recientemente el bebé de Tokio había cumplido año y medio.

En el mismo lapso, Yoshiko escribió algunas decenas de poesías en el llamado “nuevo estilo literario”, una novela larga y cinco cortas; además, como alcanzó excelentes notas en inglés, se compró las obras completas de Turgueniev que Tokio le seleccionó en la librería Marudzen. Durante dicho año Yoshiko visitó dos veces su pueblo natal, primera vez en las vacaciones de fin de cursos. La segunda ocasión Tokio, obedeciendo una prescripción médica, la mandó con su familia para que descansara, pues había tenido convulsiones y cólicos debido a su neurastenia.

De regreso a la ciudad de Tokio, Yoshiko volvió a su cuarto en el número 3 de Kooyimachi no Dote junto a la parada de trenes de Koobu, domicilio de la cuñada de su maestro, calle asaz transitada y ruidosa con ir y venir de gente y niños escandalosos.

Junto a su escritorio había un librero que, en pequeño, era como el que tenía Tokio en su estudio. Arriba del librero había un espejo, un rubor y una gran botella blanca con bromuro de potasio que era su remedio para el dolor de cabeza causado por la neurastenia. En su librero colocó las obras completas

de Odzaki Kooyoo, junto a piezas de yooruri-sewa de Chikamatsu Mondzaemon, libros de texto en inglés, y en el lugar más importante, su nueva adquisición: las obras completas de Turgueniev. Sin embargo, la futura escritora, al regresar de la escuela, más que sentarse a crear literatura, prefería contestar las cartas de sus amigos íntimos; entre ellos se contaban un alumno de la Escuela Superior para Maestros y uno de la Universidad de Waseda, quienes al parecer la visitaban de vez en cuando.

Yoshiko, sin proponérselo, llamaba la atención en el suburbio donde habitaba, pues en éste no solían residir estudiantes occidentalizadas. Había, por el contrario, muchas hijas de comerciantes con costumbres tradicionales. Ahí vivía también el resto de la familia de la esposa de Tokio, exactamente en Ishigaya Mitdzuke.

La esposa de Tokio se quejaba y se quejaba de la joven. Continuamente le repetía a su marido los chismes que le traía su hermana mayor acerca de Yoshiko:

—¡Qué problemas con Yoshiko! Si a ella le gusta tener amigos está bien, sin embargo, qué es eso de que en las noches salgan juntos por ahí y no regresen hasta que es ya bien tarde, y no hay gente que ande todavía por las calles. Yoshiko dice que no hay por qué preocuparse, pero sí me preocupo, sí, cómo no, si por ahí andan los rumores feos, y los rumores son escandalosos, eso ni hablar. Bueno eso dice mi hermana.

—La gente anticuada como tú —le contestó Tokio— no comprende lo que Yoshiko hace. Basta que un hombre y una mujer caminen y platiquen juntos para que piensen que algo extraño y vergonzoso pasa;

pero, te repito, eso sólo lo dicen y lo piensan personas trasnochadas, que no conciben que actualmente las mujeres tienen conciencia de su propio ser y no limitan su criterio a la cocina. Las jóvenes de ahora ya no son dependientes como antes. Como decía la Magda de Suderman, es una lástima y una deshonra que la mujer sólo cambie del sostén paterno al del esposo. Las mujeres del Japón moderno deben mirar y pensar por sí mismas.

Luego citó a la Nora de Ibsen y a la Elena de Turgueniev para exaltar la fuerza de voluntad y los sentimientos de las mujeres rusas y alemanas, y añadió:

—Sin embargo, la autoconciencia implica autorreflexión, que distingue entre voluntad y ego. La mujer tiene que asumir plena responsabilidad por cada acción suya.

La admiración que Yoshiko sentía por su maestro crecía cuando oía estos conceptos que ella consideraba de gran significado. En su opinión tenían tanto valor como las enseñanzas cristianas.

Yoshiko era excesivamente llamativa. Su anillo de oro, su cinturón a la moda y su porte ligero eran más que suficientes para atraer la mirada de los transeúntes. Su cara, además de bella, era elocuente. En ocasiones su expresión añadía encanto a su faz que, sin embargo, la hacía verse extraña. El brillo de sus ojos contribuía a este cambio. Tokio sabía que muchas mujeres modernas cuidaban la expresión de su rostro, al que manejaban con cierta habilidad, y temía que Yoshiko fuera una de esas mujeres.

Las relaciones entre Yoshiko y Tokio eran tan íntimas como podían serlo las de un maestro con su discípula.

Una vez una mujer observó el comportamiento de ambos y le llamó la atención a la esposa de Tokio en los siguientes términos:

—Cuando Yoshiko san llega Tokio san cambia completamente. Cuando los ves platicar parece que, con los ojos, se comen el uno al otro. No puedes hacerle la tonta en esto ¿eh?

Para los otros, la relación entre ellos parecía de ese modo. No obstante, para ellos dos: ¿qué tan íntima era?

A juicio de Tokio, las jóvenes modernas como Yoshiko tenían un serio defecto: su inconstancia. Lo mismo se movían sus corazones con alegría que con tristeza, por cosas triviales que por cosas importantes. Tokio, perplejo, no sabía bien cómo interpretar sus actitudes, pues tanto podían ser de amor como desamor.

Tokio, por otra parte, vivía únicamente para aguardar la oportunidad de infringir los preceptos morales y convencionalismos que lo alejaban de su alumna. Si tan sólo hubiera una ocasión, pensaba Tokio, sería tan fácil violarlos como rasgar su ropa. Sin embargo, esto no había sucedido todavía.

Tokio, no obstante, era consciente de que en el año y medio transcurrido desde que llegara su alumna, ese momento se le había escapado dos veces.

La primera vez Yoshiko le entregó una carta larga y lacrimosa en la que le informaba que iba a volver a su pueblo donde llegaría sólo a ser la esposa

de algún agricultor de las provincias y concluiría su vida totalmente como una desconocida, pues se sentía demasiado tonta como para poder retribuir los cuidados de su maestro.

Esa noche Tokio se sentó abatido a examinar de qué manera tenía que contestarle. Mientras miraba el rostro pacífico de su esposa pensaba en la cantidad de tiempo que había esperado esa oportunidad, y sin embargo, de sobra sabía que sus sentimientos de culpa lo paralizarían. Por eso, a la mañana siguiente, le envió una carta en la que recobró su actitud estricta de maestro.

La segunda ocasión llegó dos meses después, cuando Tokio fue de visita a casa de su cuñada una noche tranquila de primavera, y encontró a su alumna cuidando la solitaria residencia. Cuando él vio que Yoshiko estaba sin compañía frente al brasero y miró su bello rostro maquillado, le preguntó:

—¿Qué haces?

—Cuido la casa —le contestó ella.

—¿A dónde fue mi cuñada?

—De compras a Yotdzuya.

Mientras pronunciaba estas palabras observaba imperturbable el rostro de Tokio. ¡Cómo era provocativa! Ante el poder de esa mirada el corazón de Tokio latía sin recato. Aunque habían pronunciado sólo dos o tres frases ordinarias, a él le parecía que de un momento a otro su vida cambiaría y todo se volvería maravilloso. Nunca sabría qué hubiera pasado si en esa ocasión su conversación se hubiera prolongado quince minutos más.

—Esta noche estás muy hermosa —dijo él con friolidad y deliberadamente.

—¿Sí?, será más bien que acabo de tomar un baño caliente.

—Tu maquillaje es tan blanco.

—Oh, maestro —dijo ella riendo mientras su cuerpo adoptaba una posición más sugerente y llena de incitante coquetería.

Tokio regresó temprano a su casa. A pesar de que Yoshiko trató en vano de detenerlo, él insistió en volver a su casa, después a regañadientes, partió, ella lo despidió bajo la luz de la luna. A partir de esa noche se hizo indudable que la hermosa faz blanca de Yoshiko guardaba un secreto profundo.

Al iniciarse abril el rostro maquillado de Yoshiko adquirió un color enfermizo debido a la neurastenia. Su inquietud no le permitía dormir aunque tomaba asiduamente gran cantidad de bromuro de potasio. A su edad la fuerza del apetito sexual la acosaba continuamente y la provocaba sin cesar. Yoshiko se hizo adicta a su medicina.

A finales de abril Yoshiko regresó a su pueblo y en septiembre estaba de vuelta en la capital. Ese mes se inició su romance, después de que ella y su pareja visitaron Saga en Kioto.

Tokio se enteró de la travesía por Saga al notar que a Yoshiko le llevó dos días más de lo normal llegar a la ciudad capital, desde su casa en las montañas. Además, porque entre la capital y Kioto se estableció correspondencia.

En sus cartas Yoshiko y su amigo se interrogaban sobre las consecuencias de su amor y su santidad, pues habían decidido evitar el pecado, y porque reali-

zar su amor en el futuro era su deseo imperioso. Como maestro de Yoshiko y testigo de su amor Tokio dejó de lado otros problemas para cumplir estos ocasionales deberes sentimentales.

El novio de Yoshiko era un talentoso alumno de Dooshisha, miembro de la Iglesia cristiana de Koobe, se llamaba Tanaka Jideo y tenía 21 años.

Yoshiko le juró a su maestro que su amor era completamente santo.

La noche en que Tokio la reconvinó, sin poder reprimir el llanto, Yoshiko dijo:

—Es mejor que no les digamos nada a mis padres, ni siquiera este juramento, porque para ellos, si una alumna pasa secretamente unos días con un hombre, entonces, con seguridad, dirán ellos, se trata de una mujer de espíritu y mente corrompidas, sin importarles si la pareja ha decidido no realizar actos impuros. Y aunque les asegurara que nos dimos cuenta de nuestros sentimientos hasta el momento en que nos separamos en Kioto, y que hasta que llegué aquí a esta ciudad cuando comencé a recibir sus cartas, supe cuán sinceros eran sus sentimientos, ellos continuarían con la idea de que somos culpables. Pero en realidad, maestro, nada de esto es pecado. Y le juro que hasta que yo ya estaba en la ciudad, lejos de él, nos hicimos nuestra primera promesa para el futuro.

Mientras oía esto, en el pecho de Tokio crecía la necesidad de creer en ella y, por lo tanto, crecía también el sentimiento de autosacrificio: se sentía obligado a proteger la santidad del amor de la joven pareja.

El tormento de Tokio se originó aquí. Lo ensombrecía el hecho de haber sido despojado por la fuerza de algo que había deseado intensamente. Al principio no había pensado en su alumna como su amante. Era evidente que si lo hubiera considerado antes, no habría vacilado las dos ocasiones en que pudo satisfacer sus deseos si hubiera sido un poco más osado. Sin embargo, este amor por su discípula le había dado fuerzas ilimitadas; cómo podía permitir, entonces, que otra persona se la arrebatara repentinamente. Las dos oportunidades anteriores habían sido empañadas por sus vacilaciones; pero en el fondo de su corazón existía la esperanza de que si llegaban, como él lo esperaba, una tercera o una cuarta, entonces iniciaría una nueva vida. La agonía de Tokio desordenaba su pensamiento. La envidia, el rechazo y los remordimientos surgían juntos como un torbellino en la mente y el corazón de Tokio y giraban en su cabeza. La llama se encendía más y más mezclándose con los prejuicios morales del maestro. Al mismo tiempo crecía, también, el deseo de sacrificarse por la felicidad de la muchacha enamorada. Como consecuencia de la locura de Tokio, en la tarde, a la hora de la comida, los vasos de sake en la mesa abundaban, hasta que el pobre maestro se dormía borracho como una cuba.

Una mañana lluviosa de domingo en que el bosque de atrás de la casa era azotado por la tormenta, Tokio se sentía realmente desolado.

Por la vieja madera de un olmo se escurrían ríos de lluvia infinita que caía del cielo infinito. Tokio no

tenía valor para leer, ni para tomar el pincel y escribir.

El otoño se hacía frío. Acostado en una silla fría de ratán Tokio veía caer la abundante lluvia, maravillado al darse cuenta de cuánto había cambiado su vida a partir del momento en que su alumna le confesó que tenía novio, y se preguntaba cómo haría para vivir sin ella en el futuro.

La angustia y la soledad de Tokio se habían constituido con base en sucesos extraños. En su vida este tipo de experiencias sentimentales habían abundado, y cada una de ellas tenía un significado complejo. A cada paso que daba se encontraba con un destino que le era ajeno. Lo mismo le había sucedido en la literatura. Amor, amor, amor, se figuró que un hado infausto jugaba con su ser que así urgía a su corazón. Pensó que se parecía al personaje principal de *El hombre superfluo* de Turgueniev y mentalmente repasó su vida.

Aquel domingo la soledad le pesó más que nunca, por eso desde la mañana se propuso embriagarse. Anduvo quejándose porque los preparativos de su esposa le parecían lentos y la hora de la comida tardaba en llegar. Su irritación creció porque le sirvieron un pescado desabrido, así que bebió con verdadera desesperación. Una, dos, varias botellas cuya cantidad crecía. Ese domingo Tokio se sintió como un borracho en el fango. Dirigió su descontento hacia su esposa y dejó de hablarle. Cuando la botella se vaciaba sólo decía:

—Sake, sake.

Y el sake se escurría como aceite. La criada apocada y débil lo veía sorprendida e impresionada.

Tokio, ebrio ya, besó y abrazó muchas veces a su hijo de cinco años de edad; pero cuando el niño empezó a llorar se enojó y le dio bastantes nalgadas. Aterrorizados, sus tres niños se pusieron a buena distancia de él, pues veían que la cara roja de su padre no se parecía a la de todos los días.

Tomó cerca de una caja y después se cayó de borracho, sin importarle el golpe que se dio en la mesa al desplomarse. Pronto llegó a un periodo de increíble languidez. Retrocedió quince años y empezó a recitar una poesía de “nuevo estilo” a sus niños:

*Vagabundeo por su puerta
como la basura de tu calle corro
llevado por la tormenta.
Menos que esa tormenta,
menos que esa basura
son los restos de nuestro amor
que se dispersan al amanecer.*

A la mitad de la poesía repentinamente se detuvo, todavía usando el edredón con el cual su mujer lo había cubierto, y mirándose como una montaña pequeña, se dirigió al baño en absoluto silencio mientras su esposa, muy preocupada, le seguía preguntándole a dónde iba. Al ver lo que Tokio intentaba hacer, le dijo precipitadamente:

—Tú, tú..., no deberías beber de esa manera... ¡espera, ese es el baño!

Súbitamente, ella jaló el edredón desde atrás de él y permaneció con éste en sus manos a la entrada

del baño. Tokio se tambaleaba de una manera peligrosa para orinar. Dentro del baño se fue de lado y rodó por entre sus excrementos. A disgusto su esposa trató de levantarlo, pero no lo pudo mover, ni él pudo ponerse de pie ni dormirse, sino que permaneció tirado, mirando, con sus grandes ojos agudos y su cara rojo claro, la horrible lluvia que caía fuera.

CAPÍTULO IV

Tokio regresó a su casa de Ushigome Yaraimachi a la hora usual.

Durante tres días Tokio peleó contra su angustia, su naturaleza tenía una clase de fuerza que no le permitía indulgencia alguna consigo mismo. Lo mortificaba ser dominado por la fuerza del deseo, pero siempre terminaba derrotado por ésta, sometido a ella. Tres días bastaron para perfilar con nitidez las relaciones entre ellos. Decidió que nadie sabría nada de su amor secreto, que éste no arruinaría su reputación. Para la sociedad él seguiría siendo un hombre justo y confiable, aunque eso significara dejar pasar para siempre la oportunidad de ser feliz. De ahora en adelante cumpliría sus responsabilidades de maestro y trabajaría por la felicidad de la mujer que amaba.

—Es duro, ¡pero la vida es dura! —pensaba mientras volvía a casa.

Cuando Tokio abrió la puerta de su casa salió su esposa a darle la bienvenida. Como el día era caluroso, la ropa interior de Tokio estaba empapada en sudor. Luego de cambiar su ropa por una yukata y vestidos blancos, se sentó frente al brasero en la sala de té. Su esposa tomó una carta de un pliego de encima del armario tan pronto recordó que ahí estaba.

—De Yoshiko —dijo mientras se la daba.

Él la abrió rápidamente. Aunque vio el grosor del pliego, Tokio no imaginó el asunto de la carta. Febrilmente la empezó a leer. Estaba escrita con soltura en estilo guembun itchi y con buena caligrafía:

Profesor:

En verdad yo quería conversar esto con usted; pero, dada la celeridad de los sucesos, arbitrariamente, decidí actuar.

Ayer a las cuatro en punto, recibí un telegrama de Tanaka en el que me anunciaba su arribo a la estación de Shimbashi a las seis. No puede usted imaginar lo sorprendida que quedé. Me pregunté inútilmente ¿a qué vendrá Tanaka? Mi espíritu quedó profundamente turbado dentro de mí, pues él no es un joven frívolo.

Profesor haga usted el favor de perdonarme. A la hora antes mencionada salí a darle la bienvenida. Al encontrarnos me dijo que mis diez o quince cartas lo habían preocupado de tal forma que había abandonado sus estudios para venir a la capital con el objetivo de presentarle a usted, señor maestro, sus excusas porque el desarrollo de nuestro noviazgo le ha llegado a parecer suficiente motivo para que yo regrese con mi familia. Tanaka vino con la confianza de que si recurría a su misericordia, profesor, todo volvería a marchar en armonía entre usted y yo.

Entonces, cuando le referí su actitud frente a nuestro amor, le embargó una emoción tan grande que lloró lágrimas de agradecimiento. Él, por su parte, me dijo que a raíz de nuestra correspondencia se había sentido muy consternado, y que ya cerca del amanecer había tomado forma su determinación de venir a esta ciudad. Por un

momento pensó traer al amigo que nos acompañó a Saga para que le explicara a usted que en nuestras relaciones no hay nada turbio, y que, como ya le había indicado yo, había sido hasta el momento de separarnos cuando nos confesamos nuestros mutuos sentimientos amorosos.

Profesor: quiero pedirle un favor, si tengo que tomar a mi lar, exponga a mis queridos progenitores lo que le he contado en la presente. Pienso que por el momento no deben saber algo más pues desgarraría sus corazones. Tanaka y yo deseamos guardar silencio un poco más de tiempo, concentrarnos en los estudios, y dejar que la realización de nuestras halagüeñas expectativas espere. Desde hoy hasta el día en que les participemos nuestro secreto no sabemos si pasarán cinco o diez años.

Asimismo, le referí a Tanaka todo lo que había platicado con usted, maestro. Cuando terminé de narrarle estos asuntos, Tanaka quiso volver a su casa, pero no se lo permití pues estaba sumamente fatigado. Por favor, permídmelo por ello. (Le suplico dispense mi debilidad.) Quería cursar mis estudios sin preocuparme de los problemas cotidianos, tal como usted me aconsejó, pero una vez que instalé a Tanaka en un hotel, y considerando que él había venido expresamente por mi problema, pasé con él todo el día. Por favor, permídmelo maestro.

Tenga la seguridad de que a pesar de nuestros sentimientos apasionados, aún conservamos la razón. Por ello queremos evitar las acciones que puedan ser mal entendidas por otros, como sucedió en Kioto cuando no actuamos con sentido común.

Juramos no hacerlo más. Salude por favor a su esposa, saludos también a usted.

Yoshiko.

Mientras leía esta carta, toda clase de sentimientos ardían como fuego en el corazón de Tokio. Ese mozalbete de veintiún años había llegado recientemente a la capital. Yoshiko le había ido a recibir. ¿Cómo saber qué habían hecho? Porque quizá todas las palabras de ella eran mentira. Tal vez Tanaka, que la había encontrado durante sus vacaciones de verano en Suma, había colmado sus apetitos más bajos en el viaje a Kioto, y quizá lo peor era que había venido a la capital en seguimiento de la misma mujer a la que ya no podía resistirse. Sin duda las relaciones entre ellos, ya estrechas de por sí, se habían estrechado aun más en ese viaje. Sí, sí, claro, tenía que ser. La gente, desde luego, no los vio juntos en el cuarto del segundo piso del hotel, quién sabe qué había pasado ahí. A estas horas los jóvenes se estarían riendo de él. ¿Lo creían tan tonto? En un momento se ensucia lo puro.

Para Tokio, estos pensamientos llegaron a ser insoportables.

—Esto atañe a mis responsabilidades de supervisor —exclamó Tokio dentro de sí—. Cómo permitir cosas como éstas. En mis narices. Cómo dar libertad a esa mujer. Necesita dirección y amparo. “Vivimos una pasión vehemente, pero aún conservamos la razón.” ¿Por qué nosotros? ¿Por qué no escribe en singular: “yo”? ¿Por qué usa la primera del plural?

En el pecho de Tokio reinaban el desorden y la tormenta. Tanaka había llegado a la ciudad la tarde anterior a las seis ¿verdad?, entonces bastaba con ir a la casa de su cuñada y preguntar a qué hora aproximadamente había regresado Yoshiko. Pero ¿qué haría

esa pareja el día de hoy? ¿Que estarían haciendo en este instante?

La esposa de Tokio se había esmerado en la preparación de la cena en aquella ocasión. La cena incluía *sashimi* de atún fresco y algas condimentadas, pero Tokio, en lugar de probarla, apuró vaso tras vaso de sake.

La esposa de Tokio acostó al bebé. Luego regresó y se sentó frente al brasero. Al mirar la misiva de Yoshiko junto a su esposo preguntó: ¿qué dice?

Tokio le entregó la epístola en silencio. Mientras la tomaba miró con detenimiento el rostro de su marido. Por el semblante de él se dio cuenta de que se aproximaba una tormenta.

Leyó la carta y, mientras la enrollaba, preguntó:

—Él ha llegado, ¿no?

—Um.

—¿Se va a quedar mucho tiempo aquí?

—En lo que escribió no dice si regresará a su casa pronto.

—¿Irá a regresar?

—Quién sabe.

Como el tono de Tokio era violento, ella prefirió callarse. Después de un rato, agregó.

—¡Qué lástima! Una muchacha que deseaba tanto ser novelista y que, además, quería ser independiente. Pero sus papás, que la enviaron, podrían actuar como verdaderos padres, ¿o no?

Tokio ya iba a responderle con un *zy* a ti qué te importa lo que haga Yoshiko? Pero se contuvo.

—Bah —exclamó sin embargo Tokio—, todos los

que son como tú no entienden estas cosas... En lugar de meterte en eso, ¿por qué mejor no me sirves más sake?

Con humildad su esposa tomó la botella de bebida y llenó hasta el borde la copa de porcelana fabricada en Kioto.

Cada tanto Tokio pedía más y más sake. Necesitaba embriagarse para controlar su melancolía.

A la tercera botella, su esposa intentó llamarlo a la sensatez.

—¿Qué te pasa? —comentó ella—, en estos últimos días te noto extraño.

—¿Por qué dices eso?

—¿No te parece que estás tomando demasiado?

—Ah, porque me emborracho es la cuestión.

—Sí, me parece que algo tiene atrapada a tu mente. ¿No será que te estas involucrando demasiado en lo de Yoshiko?

—¡Tonta! —rugió Tokio.

Pero su esposa continuó imperturbable:

—Por lo menos deberías moderarte en la bebida, recuerda que para ti el trago es como veneno, porque si al entrar al lavabo te vuelves a caer, ni yo ni Otsuru...

—¿Quién?

—La criada.

—Ah.

—Ni ella ni yo podremos ayudarte, pues eres demasiado grande para nosotras.

—Bah, quiero otra botella.

Con avidez se bebió casi otro litro del alcohol. Su cara adquirió un color cobrizo y apenas podía fijar la

mirada. Parecía estar muy borracho. Repentinamente se puso de pie y gritó:

—Quítame el obi.

—¿Adónde vas?

—Quiero ir hasta Sambanchoo.

—¿A la casa de mi hermana?

—Um.

—Tú no estás bien... es peligroso... en tu estado.

—¿Qué? ¡Estoy muy bien! Ellos me encargaron que protegiera a su hija. No puedo abandonarla ahora. Ese hombre vino a Tokio. No, no puedo permitir que anden juntos por ahí y que hagan cosas que yo no veo. No, no, no. Porquerías. Si tu hermana no puede cuidarla... Si ustedes los Takawa son tan irresponsables... ¡Já! Los Takawa... No cabe duda de que tú eres una Takawa... Pero si me apresuro, podré traerla de regreso hoy mismo. Tú, inútil, limpia el cuarto de arriba.

—¿Vas a traerla aquí de nuevo?

—Claro.

Sin embargo, su esposa no lo desvistió con presteza.

—Bien, bien, dijo Tokio, como no me puedes quitar el kimono me voy así.

Y así como estaba, con el kimono de algodón blanco, su obi sucio de muselina y sin sombrero salió a escape.

—Ya te vas... Verdaderamente me preocupas.

Tokio alcanzó a oír la voz de su esposa que se perdía en lontananza.

El día de verano también agonizaba.

Las aves cantaban ruidosamente en los límites del bosque de Sakai.

La hora de la cena había terminado. Las caras blancas de las jóvenes se veían en los umbrales de las casas. Algunos niños jugaban a la pelota. Las parejas paseaban por Kagurasaka. Los caballeros, aparentemente burócratas, que usaban bigotito iban acompañados por sus esposas, quienes lucían peinados a la última moda occidental.

Tokio veía lo que le rodeaba como desde otro mundo. Le parecía flotar violentamente pues su mente estaba excitada por el vino. Tenía la sensación de que las mansiones se movían, el suelo desaparecía, y el cielo caía sobre su cabeza. Siempre había tenido escasa resistencia a la bebida y esta vez había tomado con voracidad e imprudentemente.

Repentinamente recordó que los parias rusos cuando se emborrachan y se caen en el camino, se quedan a dormir ahí, y de que en una ocasión le dijo a un amigo que ese simple hecho mostraba la fuerza espiritual del pueblo ruso: —“Si te vas a perder, entonces piérdete completamente.”

¡Tonto!, se dijo, el amor no hace distinciones entre maestro y alumno.

El sol se puso cuando ya Tokio había subido Nakanosaka y llegado a la cumbre de Sanai, después de pasar la puerta trasera de la Escuela Militar. Ahí la gente paseaba lentamente en simple yukata de algodón blanco, igual que él. La joven esposa del tabaquero había salido y estaba frente a su negocio. La cortina de la tienda de hielo era sacudida por el viento frío de la tarde.

Mientras Tokio miraba turbiamente esta escena nocturna de verano chocó con un poste de telégrafo y

cayó de rodillas en un desagüe poco profundo. Un señor, que a juzgar por sus trazas, era un obrero de regreso del trabajo, insultó al escritor espetándole un: “¡borracho!, camina”.

Al llegar al vértice de la colina Tokio pareció volver en sí, dobló a la izquierda y entró al santuario Jashiman de Ishitani. El recinto estaba a oscuras y desierto.

Enormes pinos y olmos lo ocultaban. Las lámparas que permanecían encendidas toda la noche poco a poco empezaron a brillar.

Tokio sufría terriblemente. Se dejó caer en la raíz de uno de los árboles; su mente estaba tremendamente excitada. Extrañas y tristes cavilaciones acrecentaban el frenesí de su cerebro y mientras, por una parte, los celos lo hacían desvariar, por otra, veía con indiferencia y objetividad su propia situación. Tal ambigüedad de su ser hacía más singular el estado psíquico de Tokio.

Por supuesto, el suyo no era como el sentimiento ardiente del primer amor. Antes que obedecer ciegamente al destino, como hacen quienes apenas empiezan a vivir, él lo criticaría cruelmente.

¡Qué tristeza!, ¡verdaderamente, qué profunda tristeza! No era ésta la melancolía de la juventud esplendorosa, ni la del simple amor entre hombre y mujer. Era la tristeza originada por el secreto más profundo y más grande de la vida humana. Ni el correr del agua, ni las flores al abrirse y caer resisten la fuerza insondable de la naturaleza. Ante ella la humanidad tampoco tiene esperanzas.

Por el rostro de Tokio corrían las lágrimas. Súbitamente tuvo una idea. A trompicones se levantó y luego

empezó a caminar trastabillando. Ya era noche cerrada.

En el exterior del templo las lámparas iluminaban claramente las palabras: "Luz perpetua". Ver este texto era importante para el corazón de Tokio, pues le hacía recordar muchas cosas.

El débil murmullo del koto proveniente del sagra-rio trajo a su memoria aquellos años, cuando aún era soltero y cortejaba a quien ahora era su esposa. En aquel tiempo, ella vivía con su familia abajo del gran campo del santuario. Si entonces, cuando la pasión ardiente lo abrazaba, no hubiera podido casarse con ella, habría preferido errar por las colonias de los mares del sur.

Tokio escrutaba las palabras del aviso y los haikús de la entrada de la iglesia. En la casa de su esposa continuaba brillando claramente la luz de la ventana, aunque ahora el paso del tren rompía el silencio. ¿Cómo iba a imaginarse que su observancia de la fe que debía a su mujer, cambiaría en sólo ocho años? ¿Por qué al pasar de soltero a casado su vida de placer se transformó en una vida desolada? ¿Por qué su nuevo amor era diferente? ¿Lo era, en realidad?

Tokio sintió dolorosamente que el tiempo había pasado.

—Qué contradictorio —se repetía Tokio—; pero ni modo, el hecho es esta infidelidad mía, ¡ése es el hecho!

Como si no pudiera soportar la opresión de la fuerza impotente de la naturaleza, Tokio se derrumbó sobre una amplia banca cercana. Enseguida vio que una gran luna de luz tenue y cobriza se había alzado

silenciosamente sobre el estanque y los pinos (qué triste su color, su estado, su forma). Pensó que la melancolía del entorno respondía bien a su pesadumbre y se entregó a un drástico desborde de desolación. Entonces despertó de su borrachera. El rocío de la noche había empezado a caer.

Llegó a la casa de Dote Sambanchoo.

Atisbó, pero no vio luz en el cuarto de Yoshiko, al parecer ella no había regresado. El corazón de Tokio ardía. ¡Estaba con su querido en una noche como ésa! Quién sabe qué estarían haciendo. ¿Qué era de su amor puro cuando se atrevían a actuar irracionalmente?, ¿y qué de su propósito de no pecar?

Tenía la intención de entrar *incontinenti* a la casa, pero pensó que si Yoshiko no había regresado no tenía caso, por ello siguió de largo sin entrar.

Mientras caminaba miraba a hurtadillas la cara de las mujeres que pasaban junto a él, pues tal vez reconocería a Yoshiko en una de ellas.

Merodeó, por espacio de tres horas, por la esquina de la carretera, la sombra de los pinos y la ribera hasta hacerse sospechoso a la gente del vecindario.

Aunque fuera una noche de verano no era adecuado salir a pasear tan tarde. Poco después Tokio volvió sobre sus pasos hasta la casa de su cuñada seguro de que la joven habría ya regresado; sin embargo, se engañaba.

Tokio no pudo más y entró.

Aun no alcanzaba la sala de seis tatamis del fondo cuando ya estaba preguntando a voz en cuello:

—¿Qué pasa con Yoshiko?

Antes de contestar su cuñada notó con sorpresa que el obi y el kimono de Tokio estaban llenos de lodo.

—¡Oh! ¿Pero qué te ha pasado? —preguntó ella.

Bajo la luz de la lámpara el aludido pudo ver y entendió a qué se refería su cuñada: su yukata de algodón blanco y su obi tenían lodo en los hombros, las rodillas y la cintura.

—¡Qué! Ah, le contestó él, es que me tropecé por allá.

—¿De verdad? Pero si traes lodo hasta en los hombros. ¿No será que andabas borracho de nuevo?

—¿Qué, qué? —Tokio forzó una risa. Luego desvió la atención preguntando—. ¿Adónde fue Yoshiko?

—Esta mañana me dijo que tenía intención de ir a caminar con un amigo hasta Nakane; pero seguramente ya está por llegar. ¿Pasa algo?

—Pues... este... sí, respondió Tokio, es decir... ¿Regresó tarde anoche?

—No. Me dijo que iría a Shimbashi a recibir a un amigo. Apenas pasadas las cuatro salió y regresó como a las ocho.

Ella miró entonces la cara de su cuñado y añadió:

—¿Pasa algo malo?

—No, pero... este —dijo Tokio ceremoniosamente—, en realidad, querida cuñada, me preocupa que lo que pasó en Kioto vuelva a suceder, por eso me voy a llevar a Yoshiko a mi casa para que esté bajo mi propia supervisión.

—Ah, si es por eso me parece muy bien. En realidad Yoshiko es una persona de carácter fuerte y difícil de manejar para una persona sin educación como yo.

—No, mira, no se trata de tener o carecer de educación, sino que ciertamente, tanta libertad puede ser mala para ella, una familia la corregiría, por eso creo que me necesita.

—Eso sí está muy bien. En realidad Yoshiko... Bueno, no hay nada malo en ella, es una muchacha de su tiempo, brillante y lista, lo único que no me gusta de ella es esa naturalidad con la que sale a caminar en las noches con sus amigos. Ya le he rogado que deje de hacerlo. Pero ella sólo se ríe y me dice que soy una señora pasada de moda. Fíjate que me contaron, y te lo paso al costo, que como pasea con tantos hombres en la noche, estuvieron a punto de ponernos un gendarme frente a la puerta de la casa, pues en la estación de policía de la esquina la consideraban sospechosa; pero como finalmente eso no sucedió, entonces no hay que tener cuidado ¿eh?

—¿Cuándo pasó eso?

—A fines del año pasado.

—Es claro que no le preocupan demasiado las buenas maneras —afirmó Tokio, y luego al ver que las manecillas de su reloj marcaban más de las diez, dijo mientras lo apuntaba—. ¿Y ahora?, ¿qué estará haciendo? Una joven como ella no debería andar sola hasta tan tarde.

—Ya va a regresar.

—¿Ocurre esto muy a menudo?

—No, nunca, esto es muy raro. Pero como es una noche de verano, quizás piense que todavía es temprano.

La cuñada siguió con su costura mientras hablaba. Frente a ella, en la plancha donde cortaba su tela,

había un gran desorden de hilos, retazos de seda y tijeras. La luz de la lámpara iluminaba claramente los bellos colores de la mujer.

Por lo avanzado de la hora, empezó a hacer un poco de frío. Atrás de la casa, en el embarcadero de la presa, pasó estruendosamente un tren de carga.

Cada que alguien cruzaba la calle Tokio pensaba: ¡esta vez sí es ella!, ¡esta vez sí es ella!

Poco después de que dieran las once un sonido de pasos ligeros llegó a ellos a través de la noche tranquila.

—Esta vez sí es Yoshiko —dijo la cuñada.

Los pasos se detuvieron a la entrada de la casa y con un cascabeleo la puerta de la cerca se abrió.

—¿Yoshiko? —preguntó la cuñada.

—Sí —dijo ésta, con su voz encantadora.

Enseguida una figura alta y hermosa con un moderno peinado estilo occidental entró con suavidad procedente del vestíbulo.

—¡Ah! ¡Qué!... ¡Profesor! —exclamó Yoshiko. El tono contenía alarma y perplejidad—. Por Dios, qué tarde se me hizo —añadió al pasar por el estudio y la sala.

Mientras echaba un vistazo rápido como un relámpago al rostro de Tokio, Yoshiko tomó un paquete envuelto en papel púrpura y, silenciosamente, se lo dio a la cuñada del maestro antes de terminar de sentarse en un rincón de la sala de estar, bajo la parpadeante luz de una lámpara.

—¿Qué es esto, dijo la cuñada, un presente? Tú siempre molestándote.

—No, si no es ninguna molestia, porque yo también voy a comer —replicó Yoshiko alegremente.

Sentada un poco de manera oblicua las formas de Yoshiko lucían fascinantes, su figura era muy hermosa, también lo era su moderno peinado y asimismo su kimono de franela que ella usaba muy ceñido por su obi de verano verde olivo.

Al mirarla, Tokio sintió en su pecho un tipo muy especial de felicidad y en parte olvidó su angustia y su dolor anterior.

Aunque te encuentres un rival poderoso, pensó, si posees a tu amada, tu ser estará tranquilo.

“Siento mucho haber llegado tan tarde”, escuchó que decía su alumna y pensó: “de qué manera tan endeble se defiende”.

—Parece que fuiste a pasear a Nakane —preguntó abruptamente Tokio.

—Sí —respondió Yoshiko, mirando de soslayo el rostro de su maestro.

La cuñada preparaba té. Al abrir el presente encontró sus cremas de chocolate favoritas. Por un momento todos pusieron atención sólo a las golosinas.

Después de un rato, Yoshiko dijo:

—Profesor, ¿estaba haciendo el favor de esperar mi regreso?

—Sí, sí, como por hora y media —dijo por su lado la cuñada.

Estas palabras dieron pie a la narración completa de los hechos de la noche. Narración que concluyó con el aviso de que el maestro había ido con la intención de conducir a la joven a la casa de él.

Yoshiko oyó todo en silencio y con la cabeza agachada. En realidad estaba de acuerdo con su maestro, y una sensación de alivio brotó en su ser. En primer lugar, porque él le había brindado apoyo en sus relaciones con Tanaka; y en segundo, porque desde el momento en que se mudara se había sentido sofocada por el ambiente creado por la cuñada de Tokio, y había pensado siempre que era preferible volver a la casa de éste. Y sin embargo, cierta desazón oprimía el corazón de Yoshiko.

Tokio estaba ansioso por abordar el asunto del novio de Yoshiko, ¿dónde pasaba la noche?, ¿cuándo regresaría a Kioto? Estos eran realmente los problemas urgentes para él. Sin embargo, no podía revelar nada enfrente de su cuñada que lo ignoraba todo, por ello esa noche no habló ni una palabra del asunto. El resto de la velada transcurrió así en una plática trivial.

La idea de Tokio era partir esa misma noche, pero, dado que ya era la madrugada, su cuñada le aconsejó esperar unas horas.

Tokio consideró volver solo a su casa en Ushigome; pero ante la perspectiva de una noche desagradable, llena de preocupaciones innecesarias y sin esperanzas prefirió aguardar la mañana en esa casa.

Yoshiko durmió en el cuarto de ocho tatamis, Tokio y su cuñada se acomodaron en el de seis, él se acostó en el piso. Pronto se escuchó el ronquido de la cuñada. El reloj dio la una. En el cuarto de ocho tatamis aparentemente no se dormía, a cada momento se oían grandes suspiros.

El tren de carga de Kanmu levantó un terrible estuendo al pasar.

Tokio tardó en conciliar el sueño.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, Yoshiko y Tokio fueron juntos a la casa de éste. Él pensaba comentar con ella los sucesos del día anterior tan pronto estuvieran solos, pero desistió al mirar que la muchacha venía detrás de él aparentemente desanimada y con ganas de detenerse, y sin saber por qué, sintió lástima por ella al recordar la noche difícil que acababa de pasar.

Pero al llegar a la cumbre de Sanaisaka y notar que los peatones eran escasos, Tokio se volvió súbitamente y le preguntó abruptamente:

—Entonces, ¿qué pasó?

—¿Eh? —al replicar el rostro de Yoshiko se ensombreció.

—Hablo de lo de anoche. Él todavía está aquí, ¿verdad?

—Regresará a su casa esta tarde en el expreso de las seis.

—Quizá no sea absolutamente necesario que lo vayas a despedir, ¿no crees?

—No, no es necesario.

Con esto su conversación terminó y continuaron su camino en silencio.

En la casa de Tokio había dos cuartos disponibles en el desván, en ellos se hizo un lugar para Yoshiko.

Desde hacía mucho tiempo el desván había dejado de ser el cuarto de juego de los niños, y había como una montaña de polvo; pero la escoba y el paño arrancaron lo adherido. Con la reparación de la puerta corrediza todo llegó a estar tan bonito y brillante que era increíble; por la parte trasera, la gran densidad de los árboles del cementerio y lo verde de ese invernadero hacían del cuarto un cerrado gabinete sumamente placentero.

Tanto en los viñedos abandonados del vecindario como en los *cuidados jardines* florecían las peonías hasta donde el ojo alcanzaba a ver. Tokio decidió colgar en el tokonoma el kakemono de un “don diego de día” dibujado por cierto pintor, y en el florero los botones tardíos de unas rosas. Por la tarde llegó el equipaje de la muchacha que estaba compuesto por un gran baúl chino, un cesto de mimbre, una bolsa de mano, un librero, un escritorio, y bastante ropa de cama, todo esto, suficiente para romperle los huesos al más pintado, fue transportado al segundo piso. Tokio tuvo que faltar al trabajo para ayudar.

El cuarto se arregló según este orden: el escritorio abajo de la ventana sur, el librero a su izquierda, arriba el espejo y la redoma de carmín, a un lado de la alacena el baúl chino, el cesto de mimbre y un edredón nuevo.

En el momento de colocar la ropa de cama, el olor penetrante del perfume de la mujer trastornó, mejorándolo, el humor de Tokio.

Como a las dos de la tarde el cuarto estaba, por lo pronto, en orden.

—¿Qué tal? Es confortable y no es nada feo. —Tokio rió orgullosamente—. Aquí se puede estudiar con tranquilidad. En realidad no tendrás problemas ni ansiedades inútiles, ¿no es así?

—Sí —asintió Yoshiko.

—Por ahora sólo resta que cumplas con tus obligaciones y te pongas de lleno a estudiar.

—Sí —dijo Yoshiko desganadamente asintiendo a todo—. Además, maestro, eso es exactamente lo que mi novio y yo decidimos de común acuerdo: dejar que nuestros sueños aguarden mientras podemos contarles todo a mis padres y conseguir su aprobación.

—Sí, por el momento es preferible callar, pues quizás ni tus padres ni la gente los entenderían. Eso obstaculizaría entonces, sus aspiraciones.

—A propósito, Tanaka quiere venir a darle las gracias por sus atenciones. De todas maneras, le mandó saludos conmigo.

Tokio deploró muchísimo que en medio de la conversación Yoshiko usara el plural y reconociera, con cierto descaro, su noviazgo.

Le parecía además, increíble que tales palabras estuvieran en boca de una joven de escasos diecinueve y que se suponía virginal. Sintió que se hacía viejo inexorablemente. En sus tiempos las estudiantes habían sido muy distintas. En teoría él, que era un hombre de Meidi, veía con beneplácito el desarrollo educacional femenino y hasta llegaba a afirmar cosas como: "las mujeres deben tener fuerza de voluntad para autocultivarse". Sin embargo, todo se iba por la borda en cuanto se ponía en práctica este

pensamiento occidentalizado. Sobre todo, si quien lo hacía se llamaba Yoshiko.

Al día siguiente llegó una postal de Tanaka a la casa de la cuñada de Tokio. Desde ahí fue enviada con un mensajero al domicilio del maestro. En esa postal, que tenía el matasellos de Kodzu, Tanaka avisaba que ya iba camino a su casa.

A Yoshiko le dolió bastante esta separación. De haber sido posible, habría preferido que él la acompañara en Tokio, ver su rostro algunas veces y platicar con él. Pero sabía que sería imposible por algún tiempo. Hasta que él se graduara en Dooshisha, dentro de dos o tres años, tendría que conformarse con la correspondencia.

Yoshiko se reintegró rápidamente a la vida de la familia de su maestro. Volvieron a vivir su rutina.

Por las noches la luz de la lámpara iluminaba la ronda donde, en charla de sobremesa, conversaban ruidosamente temas de interés. A Yoshiko le gustaba tejer mientras platicaba. Complacido, Tokio la veía sonreír siempre. Él tenía la seguridad y satisfacción de un conejo en un rincón porque acaparaba totalmente la propiedad de la chica; su esposa, cuando supo que Yoshiko tenía novio, abandonó sus celos y temores. Por las tardes, igual que antes, Tokio asistía al trabajo.

Algunas noches Tokio llamaba a Yoshiko a su propio estudio y hablaban de literatura, novelas y amor. Él le daba consejos para su futuro.

Por aquel entonces, Tokio adoptó tal actitud de ponderación y rectitud que no se hubiera podido pen-

sar que era la misma persona que, borracha, había yacido en el suelo y que se había arrastrado entre sus propios excrementos en el baño.

Tokio no ensayó dicha actitud, fue más bien una respuesta instantánea a la presencia de la muchacha, pues no consideró demasiado alto el precio del auto-sacrificio que implicaba conseguir a su amada.

Yoshiko confiaba en su maestro. Ya vendría el tiempo de contar a sus padres del amor por Tanaka, y aunque las ideas anticuadas y las modernas llegaran a chocar, por el momento, el permiso y la merced del maestro eran suficientes para ella.

Septiembre pasó y llegó octubre. Un viento triste ululaba en el sombrío bosque que estaba detrás de la casa. Aunque el cielo era plomizo, la luz del día flotaba en una atmósfera transparente y fría. Por las tardes, el paisaje se cubría de sombras densas. En las hojas que aún quedaban en los camotes caía la lluvia todo el día, mientras en las verdulerías se alineaban las filas de hongos. El rocío debilitaba el ruido de los insectos de los pérsimos; los pétalos de las paulonias en los jardines languidecían y caían.

Mientras la lluvia golpeaba monótonamente las ventanas, Tokio iba recitando con lentitud la lección. Una hora por la mañana, de las nueve a las diez, comentaba con su alumna las novelas de Turgeniev. Bajo la celosa mirada de su maestro y sentada oblicuamente en el escritorio, ella oía sorprendida la larga narración de *En la víspera*. Cuánto la conmovían la pasión violenta de Elena, su carácter, fuerza de voluntad y su triste fin de heroína trágica. A medida que la joven se

comparaba con Elena y confrontaba ambas historias de amor, se embebía más y más en la novela.

Yoshiko sentía que no tenía libertad para amar, y que por una ironía de la vida había encomendado el destino de su amor y el de toda su vida a la persona en quien menos había pensado.

Mientras la lección continuaba, la muchacha dirigía furtivas miradas a la ventana, y al vislumbrar aquel paisaje melancólico su memoria se llenaba de la luz de lejanos días.

Antes, cuando era niña, nunca hubiera podido imaginar que por algún tiempo su corazón de enamorada se aferraría a un objeto tan deleznable como una tarjeta postal con hojas de lirio que había recibido en la playa de Suma. ¡Cuántos recuerdos le traían esas escasas hojitas!

Al mirar la luna, la lluvia y el bosque envuelto en tinieblas volvía a sentir, como en un sueño, los sentimientos que había experimentado junto a su novio. Evocaba el tren nocturno de Kioto, la luna de Saga, cuando se divertían en Tzetze y surcaban el lago Biwa al ponerse el sol para ir a contemplar con arrobos los jaguis, totalmente florecidos y tan bellos como una pintura, del jardín del riokan donde se alojaban.

Luego, su mente viajaba todavía más lejos, cuando aún no amaba a Tanaka, antes del viaje a Suma, y no había más horizontes que los de su pueblo en la montaña y su enorme luna. Al detenerse en la época anterior a su enfermedad, la culpabilidad, que la angustiaba, la hacía sonrojarse de manera espontánea.

Yoshiko volcó todas estas ensoñaciones en largas cartas que enviaba a Kioto, desde donde el joven respondía casi todos los días. Las muchas letras no agotaban las palabras necesarias entre ellos.

Llegó a ser tan abultada la correspondencia que dejó de pasar desapercibida para Tokio quien empezó a aprovechar las ausencias de su alumna para esculcar en los cajones de su escritorio o buscar en el buzón para ver si encontraba el correo dirigido a ella, con la excusa de que él era el supervisor de la muchacha.

Un día Tokio encontró un par de cartas que llamaron su atención. Las revisó a la carrera y descubrió algunas líneas llenas de frases dulces. Pero Tokio no se conformaba con este hallazgo: con verdadero morbo malsano husmeaba algún secreto vergonzoso. En lo que se escribían ¿no aparecerían jamás alusiones a deseos sexuales e insinuaciones procaces? ¿Acaso era verdad que el amor de la pareja no había traspasado los límites de lo santo?

Pasó un mes.

Cierto día, Tokio encontró en el buzón una tarjeta postal escrita en inglés, dirigida a Yoshiko. Al leerla casi sin querer, Tokio se enteró de que Tanaka estaba en Kioto y que hacía preparativos para ir a la capital, que tenía para pagar su sustento durante un mes, y le preguntaba a su novia si bastaría ese tiempo para encontrar trabajo ahí.

El pecho de Tokio se estremeció. La paz, que tras un intenso sufrimiento había alcanzado, se acabó en un instante.

Tokio interrogó a Yoshiko sobre este asunto después de la cena. Yoshiko tenía un aire de preocupación.

—Maestro —dijo—, en realidad me siento consternada. Tanaka me ha dicho que saldrá para Tokio; este deseo suyo no es nuevo, ya lo ha intentado dos veces, en las cuales, yo lo he disuadido. Sin embargo, por alguna razón ahora me aseguró que está decidido a no continuar sus estudios religiosos porque la vida de fe lo ha cansado por su falsedad. De cualquier manera seguramente vendrá a Tokio como lo ha advertido.

—¿A qué piensa dedicarse en Tokio?

—A la literatura.

—¿A la literatura? ¿Eso significa escribir novelas?

—Exactamente.

—Tonto —rugió Tokio.

—Es realmente para quitarle el sueño a cualquiera.

—Tú no le diste esa idea ¿verdad?

—No —contestó Yoshiko sacudiendo violentamente la cabeza—, yo al contrario... Ahora sí, Tanaka ha conseguido desasosegarme... pero si yo le dije que por lo menos esperara a graduarse en Dooshisha... desde el comienzo de este ciclo escolar cuántas veces ha dicho que viene; he logrado pararlo pero... no es justo... por alguna razón insiste neciamente en eso... en fin, parece que ya no es posible que se detenga.

—¿Por qué?

—Porque Tanaka, hablando con su tutor, el hermano Kootzu de la iglesia de Koobe, que ha pagado sus colegiaturas para que después sea Pastor de esa misma iglesia, le manifestó que, como no podía más

con la religión pensaba dedicarse en el futuro a la literatura. También le dijo que quería que lo enviara a Tokio. Entonces el hermano Kootzu se enojó mucho y le indicó que, por haber tomado esa decisión arbitraria, lo sentía mucho pero tendría que hacer él solo sus arreglos. En realidad estoy muy preocupada.

—¡Tonto! —exclamó Tokio—. Una vez más tienes que detenerlo. Su idea de escribir novelas es casi imposible, es un sueño, un error descomunal. Temo mucho por tu supervisión, porque si Tanaka viene a la ciudad ya no voy a poder ayudarte.

Bastante preocupada Yoshiko le contestó:

—Le he mandado que se detenga; pero no sé si la carta y él se hayan cruzado en el camino.

—¿Es posible? Entonces, ¿ya viene? —Tokio parpadeó lleno de ira.

—En la carta que me acaba de llegar —afirmó Yoshiko—, dice que será inútil que le envíe una carta más.

—¿Dijiste en la carta que acabas de recibir? ¿Vino otra después de la postal de hace un rato?

Yoshiko asintió.

—¡Es increíble! ¡Los jóvenes son todos unos estúpidos soñadores! ¡No lo entiendo! ¡Sencillamente no puedo entenderlos!

Los restos de su paz espiritual desaparecieron.

CAPÍTULO VI

Un día después llegó un telegrama que anunciaba que, esa noche a las seis, arribaría Tanaka a la estación de Shimbashi. Yoshiko se quedó perpleja con el despacho en la mano. No tenía autorización para ir a recibirlo "pues una joven no puede salir sola en la noche, sin peligro". Pero a la mañana siguiente, al encontrarse con él, Yoshiko sólo atinó a preguntarle ¿por qué no vuelves a Kioto? Tanaka se alojaba en el riokan Tsuruya frente a la estación del tren.

Esa tarde, Tokio volvió de la editorial pensando que, seguramente, su alumna todavía no habría regresado, pero su sorpresa fue enorme al encontrarla a la entrada de la casa.

Enseguida pasaron juntos al interior, donde Yoshiko le informó a su maestro que Tanaka se negaba rotundamente a regresar a Kioto, aduciendo los esfuerzos que había realizado para salir de ahí y alcanzar la capital, por lo que, concluía, disputar con él era inútil.

Tanaka, añadió su novia, había viajado a la capital sólo porque confiaba en el maestro, y desde luego cada argumento de éste era en sí mismo convincente, pero él no podía regresar a Kioto.

Tanaka alcanzaba, por supuesto, a entender a la perfección lo difícil que era la supervisión de cual-

quier discípulo y comprendía también que, con su arribo a la ciudad, las dificultades para el maestro Tokio y su alumna serían mayores; pero él no podía regresar a Kioto.

Tanaka se había quedado sin otra opción que continuar en la capital hasta alcanzar su autosuficiencia económica; mientras no lograra esta meta él no podía regresar a Kioto.

Tokio pensó por un momento: "que hagan lo que les dé la gana".

Pero era mentira, jamás podría ser indiferente a Yoshiko. Era mentira y lo sabía. Él estaba comprometidísimo con esa relación.

Durante los dos o tres días siguientes Yoshiko no dio pruebas de visitar a su novio, pues regresaba de la escuela con puntualidad; pero, de todas formas, el ser de Tokio se consumía de celos y sospechas: maliciaba que al ir a la escuela se veía con Tanaka.

Tokio agonizaba. Como las aguas del océano, su amor por ella sufría vaivenes, se transformaba, variaba, regresaba al mismo punto, se confundía; tan pronto se disponía al autosacrificio en aras del bien de su amada, como deseaba acabarlo todo de un solo golpe informando del noviazgo de Yoshiko a la familia de ésta. Pero el estado de su mente, que lo paralizaba, no era capaz de decidir nada. Mientras tanto, los días iban pasando, y la tormenta que azotaba su ser crecía y lo inmovilizaba más y más.

Repentinamente Tokio escuchó la voz de su esposa. Al principio no entendió lo que decía, pero poco a poco la voz fue haciéndose paso en su cerebro.

—Oye, en el segundo piso —e imitaba cómicamente los movimientos de alguien que cosía un kimono, y luego añadió en voz baja— seguramente le teje algo que le regalará a quien ya te imaginas: ¡un jaori azul de estudiante!, y ¿acaso no le compró un largo listón de algodón?

—¿Ah...? ¿De veras? —contestó Tokio sin ánimos para reírse.

—Ajá.

La esposa de Tokio estaba todavía burlándose de la joven, cuando Yoshiko, con la cara roja de vergüenza, bajó a informarle a su maestro que esa noche volvería a una hora avanzada.

—¿Vas a ir a verlo? —preguntó Tokio.

—¡No! Es que mis compañeros de clase y yo nos reuniremos con un amigo.

Esa misma tarde, ya resignado, Tokio visitó a Tanaka en el lugar donde éste se hospedaba: un cuarto sin ventilación dividido en tres.

—Verdaderamente, maestro, no sé cómo disculparme, pero... —Tanaka se excusaba en un tono formal, ponía sus ojos como si estuviera orando, y hablaba como con un aire de quien busca simpatía. Era un hombre de estatura media, un poco gordo y de color blanco.

Tokio ardía de celos e indignación.

—Sin embargo, si lo entiendes ¿no es de hecho, mejor irte de aquí? Mira que hablo pensando en el futuro de ustedes dos. Yoshiko es mi discípula, es mi responsabilidad evitar que deje la escuela. Si permaneces en Tokio a toda costa, entonces me encargaré

de que Yoshiko regrese a su pueblo dándoles a conocer esta relación a sus padres o, por lo menos, solicitaré su permiso para enviarla. Sabes muy bien que sólo tengo estas dos opciones. Serías una persona muy egoísta si permitieras que, por tu culpa, la mujer que amas se viera obligada a enterrarse en la montaña. Tú estabas dedicado a la religión, pero ahora dices que debido a los recientes sucesos sientes que te hartaste de ella; sin embargo, sobre este punto habría mucho que discutir. Y fijate que, en cambio, si te vas a Kioto todo lo bueno de su noviazgo fructificará y tendrá esperanzas.

—Entiendo...

—Pero no puedes.

—Perdóneme, pero... pero... Vendí el uniforme y el sombrero de estudiante, por eso ahora me es imposible abandonar esta ciudad.

—Entonces, ¿prefieres que sea Yoshiko quien lo haga?

El joven se quedó callado.

—¿Debo avisar a la casa de tu novia?

Durante un buen rato el joven continuó callado, luego dijo:

—Mi presencia aquí debe verse independientemente de mi relación con Yoshiko. Además, estoy aquí ¿y qué?, eso sólo lo sabemos usted, mi novia y yo.

—Entonces está decidido. No puedo seguir supervisándola. Quizá no entiendes qué es el amor generoso.

—No es mi intención hacerlo enojar, ni quiero que ella se vaya de la ciudad.

—¿Lo juras?

—Lo juro, y es más, de hoy en adelante me dedicaré únicamente a mis estudios.

—Esa es toda mi preocupación: que ustedes dos sigan adelante, por el buen camino.

La larga controversia volvió sin que llegaran a un acuerdo en el punto principal.

Tokio hacía énfasis en el futuro de la pareja, en la obligación del autosacrificio masculino y en el desarrollo de su relación amorosa, insistiéndole que regresara a Kioto.

A los ojos de Tokio, Tanaka Jideo ya no se aparecía como se lo había imaginado, pues ni era un bizarro caballero, ni se veía como un hombre siquiera medianamente genial.

Lo que le impresionó a Tokio de Tanaka, aquella tarde, cuando se conocieron en el barato hotel de paso, en el camino de Sambanchoo fue que el joven, criado como cristiano y con tan pocos años, parecía tan agobiado como un viejo descontento.

Tanaka hablaba el dialecto de Kioto, tenía el rostro blanco y hasta cierto punto una presencia agradable; pero Tokio no podía entender por qué Yoshiko lo había elegido a él entre tantos jóvenes: ¿por qué a él en especial? Lo que, en particular, le molestaba era que el novio de su alumna explicara todo tan formalmente y que justificara sus debilidades y pecados sin revelar ningún sentimiento de sencillez ni franqueza.

A pesar de todo, la piedad embargó a Tokio al mirar en una esquina del cuarto una pequeña valija con ropa blanca y una yukata. Sintió pena por el jo-

ven que también había sido lastimado por el amor, porque recordó los sueños de su antigua juventud y sus propios sufrimientos amorosos.

La controversia se prolongó aún por más de una hora. Carecían de habilidad para obtener un acuerdo.

—Piénsalo —dijo por último Tokio antes de despedirse y volver a su casa.

En el camino, Tokio recapituló cada uno de los desagradables momentos de la plática. Ninguno de los dos había querido ceder un ápice, ambos se habían empecinado en sus argumentos. Él, en lo particular, se sentía algo estúpido. Como el que ha hecho algo tonto, se ridiculizaba a sí mismo, pues para que Tanaka no descubriera su amor secreto tuvo que humillarse, adularlo y prometerle ser el ferviente protector del amor de ellos. Eso era lo que más lo martirizaba, y lo peor era que incluso le había ofrecido presentarlo con cierta persona que podría emplearlo como traductor de obras sencillas; mientras se convertía en un hombre sin honor Tanaka abusaba de él.

Tokio, con una infinita vergüenza, pensó mucho en todo esto. Pero, por supuesto, todavía tenía una salida: dar a conocer los hechos a la familia de ella. Lo difícil era decidir el matiz que debía darle a la información.

En el fondo, Tokio sentía todo el peso de su responsabilidad para con la pareja, que sólo confiaba en él, y que le había otorgado la clave de su relación.

Él, como maestro, no toleraría comportarse con ellos como lo hacen los moralistas con las parejas, y por ello se decía a sí mismo: "seré su cómplice

benevolente. Les ocultaré la ardiente pasión que siento por ella, me voy a sacrificar, porque la mía es una pasión impropia y mis celos unos celos insensatos”.

Por otra parte, temía que si informaba de este asunto a los padres de Yoshiko, el regreso de ella a su pueblo sería seguro.

Esa misma noche, después de la entrevista, Yoshiko fue al estudio de Tokio. Allí, en voz baja y con el rostro tenso, habló nuevamente con él de sus esperanzas. Le explicó a su profesor la negativa de Tanaka, le dijo que ambos sabían que la familia de ella no aprobaría su noviazgo, que si sus padres llegaban a enterarse sería el fin de su carrera, que el mismo Tanaka se había sentido abrumado al dirigirse a Tokio a pesar de que ni sus sentimientos, ni sus pensamientos eran superficiales como suelen serlo en las relaciones hombre-mujer en el mundo, y que por lo tanto era imposible que se hubieran entregado, y el maestro lo sabía bien, a la realización de algún acto impuro. Tanaka, prosiguió la joven, no ignora que la literatura es un camino difícil de seguir, y sabe que sostener una familia escribiendo novelas es muy difícil; pero quisiera poder compartir con la que será su esposa el futuro y el trayecto.

Por último, Yoshiko le rogó a su mentor que dejaran las cosas así como estaban. Tokio no podía pasar por alto el deseo de ella, aunque también dudaba de la pureza de la muchacha. Le parecía poco probable que Yoshiko no hubiera perdido la honra en algún lugar entre Kioto y Saga; pero, al mismo tiempo, confiaba en

las explicaciones que ella le daba, es decir, que entre ellos no había pasado nada censurable.

Tokio sabía, por la experiencia de su propia juventud y lo que había visto, que el amor espiritual y santo difícilmente podía evitar el amor carnal y material.

El profesor aceptó dejar las cosas como estaban por un tiempo, siempre y cuando ellos mantuvieran la castidad, lo cual, no obstante, no libró a Yoshiko de recibir constantes amonestaciones contra el peligro del sexo prematrimonial. El maestro comparaba el amor carnal y el espiritual en relación con la vida humana, le hablaba además de aquello que una muchacha educada y moderna debía cuidar.

Tokio disertaba agudamente sobre el antiguo énfasis social en la pureza femenina, el cual, afirmaba, era más para sancionar a la mujer moralmente, que para proteger su independencia, pues una vez que se le permitía la relación carnal con un hombre, tal libertad se acababa por completo. En occidente, afirmaba, en cambio, la mujer vivía otra realidad, pues allí sus relaciones con los hombres carecían de tales inconvenientes, las japonesas tenían la gran misión histórica de hacer realidad tales preceptos, especialmente las mujeres modernas.

Yoshiko asentía gravemente.

Tokio abundaba:

—Y ya unidos, ¿qué se proponen hacer en la vida?

—Pues, ya tiene hechos algunos preparativos, bastaría, creo, para un mes aproximadamente, pero...

—Tener un buen empleo —añadió Tokio—, es lo mejor, pero no sé qué piensen.

—En realidad queríamos apoyarnos en usted maestro, por eso vino a esta ciudad sin conocer a nadie, igual que yo, pero no nos ha ido bien y por eso ahora estamos profundamente decepcionados.

—Ya, eso es un poco exagerado. Aunque es verdad que cuando nos vimos me dio, en efecto, esa impresión; mas ya hemos hablado y no deben guardar ningún temor.

Mientras decía esto, Tokio, reía.

—Por favor, maestro, si pudiera auxiliarnos... Excúcheme por pedir su sostén pero... —Yoshiko no pudo evitar ruborizarse.

—Sería mejor no preocuparse, de alguna manera se resolverá todo.

Inmediatamente después de que Yoshiko salió, la cara de Tokio adquirió una expresión hosca.

—¿A mí..., es a mí a quien han pedido ayuda los enamorados? —se preguntaba a sí mismo, y luego se dijo—. Las aves jóvenes sólo se unen a las aves jóvenes, otra cosa es imposible. Un ave como yo ya no tiene hermoso plumaje para atraerlas.

Mientras más lo pensaba, más tristeza llenaba su pecho.

—La gente común dice que es un gran goce formar una familia y tener esposa e hijos, pero ¿eso tiene algún significado? Para la esposa todo sentido se agota en los hijos, pues ellos absorben completamente su vida como madre, y ella, a su vez, la de sus hijos mientras llega el momento final; pero ¿qué pasa con el esposo que consume sus días solitariamente?

Tokio se quedó mirando la lámpara encendida. Encima del escritorio estaba abierto el *Tan fuerte como la muerte* de Maupassant.

Dos o tres días después, cuando Tokio se sentó frente al brasero al regresar a su casa desde el templo shintoísta, su esposa, en voz baja le dijo:

—Hoy vino.

—¿Quién? —preguntó Tokio.

—El buen hombre de la de allá arriba —la señora reía al decir esto.

—¿Ah, sí?

—Hoy como a la una, abrí la puerta tan pronto como vi acercarse a una persona que decía: “con su permiso”. Al hacerlo me fijé en su cara redonda, su jaori y su jakama a rayas, entonces pensé si no sería un estudiante. Además traía un manuscrito, pero el muchacho preguntó si no se hospedaba aquí la señorita Yokoyama. ¿Será él?, pensé extrañada, y cuando al pedirle su nombre me dijo que él era Tanaka, exclamé ¡ajá!, conque éste es quien yo pensaba. Es una persona desagradable, ¿no? No me parece un buen partido para tu alumna, habiendo tantos hombres mejores. Yoshiko es muy original ¿no? No tiene remedio.

—¿Y qué pasó entonces?

—Yoshiko estaba feliz, pero por alguna razón la plática parece que tuvo un final desagradable. Cuando les llevé té vi que esta niña Yoshiko estaba sentada frente al escritorio. El novio la miraba directamente mientras hablaba, pero cuando oyó que me acercaba guardó silencio, qué grosero ¿no?, por eso rápidamente volví a bajar ¿qué te parece? Extraordinario ¿no? Ac-

tualmente los jóvenes hacen cosas raras, ¿no? En mis tiempos, qué capaz que una mujer dejara que un hombre le dirigiera la palabra de esa forma, fácilmente nos ganaba la vergüenza.

—Hoy en día todo es diferente.

—Por más que sea diferente y tú tengas razón, yo pienso que, a veces, es demasiado pensamiento moderno. Porque ella se comporta igual que cualquier estudiante maleado, ¿no? Porque no me negarás que existen muchas semejanzas, aunque pienso, claro, que ése no es el caso, de cualquier forma es extraño.

—Tus opiniones no tienen ninguna importancia. ¿Y qué pasó luego?

—Yoshiko salió a comprar moshi, dulces y camote asado para hacer una buena comida, Otsuru le ofreció ir pero tu alumna se rehusó. Hasta Otsuru se rió al llevarles agua caliente. Parece que la pareja tuvo un banquete espléndido.

Esta vez ni siquiera Tokio pudo evitar la risa.

—Y luego —añadió su esposa—, continuaron la riña en voz bastante fuerte. Parecía que Yoshiko ganaba.

—¿A qué hora se fue Tanaka?

—Un poco más tarde.

—¿Y Yoshiko está en casa?

—No, porque como él no conocía el camino, bueno, eso dijo, ¿no?, entonces ella lo acompañó; por eso se fueron juntos desde aquí ¿eh?

El rostro de Tokio se ensombreció.

Más tarde, mientras el maestro y su familia cenaban, Yoshiko entró por la puerta trasera, como había corrido, su respiración era entrecortada.

—¿A dónde fuiste? —preguntó la esposa.

—A Kagurasaka —contestó Yoshiko, y luego volviéndose hacia Tokio dijo, como todas las noches—, bienvenido a casa —y dejando las cosas como estaban subió apresuradamente al segundo piso.

Todos se quedaron pensando que Yoshiko bajaría enseguida, pero después de un rato se dieron cuenta de que no lo haría.

—Yoshiko, Yoshiko.

Por lo menos tres veces la esposa la llamó pero ella no descendió, aunque respondió con un prolongado “¿Sí?” Otsuru fue a encontrarla, pero todavía tardó algunos minutos en presentarse en el comedor. Sin embargo, cuando lo hizo, ignoró la cena que estaba preparada y colocada sobre la mesa, sentándose en diagonal en otro lugar, cerca del pilar del tokonoma.

—¿Quieres cenar? —le preguntó amablemente la señora de la casa.

—No, gracias —contestó la joven—, ya comí hace rato y estoy satisfecha.

—Parece que fue demasiado camote.

—¡Ah! Señora, es usted muy cruel y discúlpeme por decírselo.

Yoshiko hablaba disgustada. De la misma manera miraba a su interlocutora.

La esposa de Tokio añadió riendo:

—La señorita Yoshiko es un poco extraña.

—¿Por qué dice eso? —preguntó la aludida en el momento en que se ponía de pie.

—Por nada, por nada.

Mientras volvía su rostro violentamente Yoshiko le dijo a su interlocutora:

—Ya está bien señora.

El ambiente se hizo pesado.

Tokio guardó silencio ante este gesto de desesperación. Por supuesto, al sentir que Yoshiko recurría a él en búsqueda de amparo, su corazón empezó a latir apresuradamente, porque por ahí podría conseguir ciertas cosas.

La escena no era nada agradable. Todos se sentían incómodos, incluso Tokio.

Yoshiko comprendió el humor de su maestro con un mero atisbo a la cara de éste. Entonces la joven retornó a su actitud anterior.

—Profesor —dijo la muchacha—, hoy vino Tanaka.

—¿Ah sí? —contestó él.

—Vino porque se siente obligado a presentarle sus respetos; pero hoy no tuvo el honor de encontrarse con usted... Será para otra ocasión... De todas formas, me pidió que le diera sus saludos.

—¿Ah sí? —comentó Tokio mientras abruptamente se levantaba para ir a su estudio.

La visita de ese joven lo había dejado muy alterado. Pensó que si Tanaka, faltando a todo decoro, se atrevía a ir incluso a la casa del maestro de su novia, entonces él tendría que redoblar la supervisión sobre Yoshiko, pues ante una situación así no podía permanecer ocioso, ni estar tranquilo. Sabía que era imposible impedir completamente la unión de la pareja, e igualmente imposible detener el intercambio de correspondencia entre ellos, y que si un día decidía ju-

garse el todo por el todo, y le prohibía pasear en público con su novio, el resultado podría llegar a ser contraproducente.

Lo peor de todo era que después de haberse entrevistado una vez con Tanaka, ya no podía rehusarse a verlo. En secreto Tokio había maldecido siempre el amor de esa pareja, por eso, el que ellos lo consideraran “el amable protector” y “testigo” de sus relaciones lo ponía fuera de sí.

Aunque los días pasaron, el mal humor de Tokio no se disipó después de aquella infausta visita. Nada le salía bien, en su empleo, por ejemplo, tenía que terminar un manuscrito; pero un sinnúmero de veces había tenido que reiniciar el trabajo. En la editorial se lo estaban pidiendo. Por su parte, él necesitaba el dinero. Pero el estado de su mente había llegado a ser tal que le faltaba aplomo hasta para tomar el pincel y escribir aunque fuera una frase. Tampoco podía hacer nada a derechas aunque obligara a su mente a concentrarse. La lectura de una sola página de un libro lo agotaba.

El pecho de Tokio ardía al considerar el entrañable amor de la pareja. Cierta noche, con el objeto de borrar de su conciencia la noción de su propio deseo culpable y la existencia de su esposa, bebió muchísimo sake. Varias veces dio de puntapiés a la mesa donde estaba servida su cena con el argumento de que aborrecía las verduras. Además adquirió la costumbre de llegar a casa borracho después de la media noche. A Yoshiko, este Tokio de acciones violentas y desordenadas le causaba un gran impacto y un gran dolor.

—Yo le he dado muchas preocupaciones al maestro, por eso está así ¿no es cierto? Soy mala, —le decía Yoshiko a la esposa de Tokio.

La joven tenía una montaña de cartas que exhibían el cúmulo de correspondencia de la pareja, las visitas también eran excesivas: tres veces durante el día, una de ellas a la hora de clases y por eso faltaba a la escuela. Tokio estaba consciente de esto, y así iba incrementándose su dolor.

El otoño dio paso a un viento de invierno que se movía oscuro por los campos. En el bosque que estaba atrás de la casa de Tokio las hojas adquirieron una nueva tonalidad; su hermoso color iluminaba el cielo de la tarde; al caer, se iban susurrando por el camino que lindaba con la arboleda. El alcaudón imitaba el canto de distintas aves.

Por aquella época los jóvenes enamorados empezaron a verse aún con mayor frecuencia. Tokio, como supervisor de la muchacha, la exhortaba continuamente a que informara a sus padres sobre sus relaciones con Tanaka. Por su parte, Tokio les envió una larga carta contándoles todo. Cuando lo hizo no dejó de albergar la esperanza de que su alumna se lo agradeciera. Él se engañaba a sí mismo diciéndose que ser "el amable protector" de la pareja le exigía el enorme sacrificio de mandar la misiva.

De Vicchuu llegó una contestación de varios pliegos.

CAPÍTULO VII

Tokio viajó todo aquel fin de año para cumplir sus tareas como geógrafo. Visitó la frontera entre Kootzuke y Musashi en la ribera del río Tone.

Al acercarse enero, los asuntos domésticos y, en especial, los problemas con Yoshiko llegaron a causarle una honda preocupación, y lo peor era que de ninguna manera podía saber cuánto tiempo más durarían sus compromisos. El día dos de enero fue a la ciudad de Tokio por breve tiempo, su estancia allí coincidió con la enfermedad dental de su bebé. Su mujer y Yoshiko cuidaban al niño con esmero.

Platicando con su esposa, Tokio se enteró de que Yoshiko estaba cada vez más cautivada por su relación con Tanaka; que el fin de año, el novio, agotados sus medios de subsistencia e incapacitado para marchar a su hospedaje, había tenido que pasar la noche en la estación de tranvías; que ella, sinceramente preocupada, había discutido varias veces con la pareja y les había advertido que tuvieran cuidado, pues con frecuencia, regresaban tarde a casa.

Tokio volvió a la ribera del Tone a la mañana siguiente.

Cinco noches pasaron. Cisne redondo en el agua del río, la luna se fragmentaba en argentados brillos.

Sobre el escritorio de Tokio había diversas cartas. Largo rato permaneció ensimismado con una de ellas abierta en sus manos.

De nuevo levantó el pliego. Era una misiva de Yoshiko, aunque la criada de la pensión la había enviado.

Maestro, sinceramente le ofrezco una disculpa. Nunca en mi vida seré descuidada con su afabilidad y su solicitud; sé que cuando evoque estos meses acudirán lágrimas a mis ojos.

Mi papá y mi mamá son así. No obstante que usted hizo favor de escribirles de la manera en que lo hizo, ellos, llevados por una caduca porfía, me prohibieron continuar mis relaciones con Tanaka; aunque les pedí su aquiescencia llorando, no cedieron un ápice. No tuvieron compasión de nosotros, y mi mamá hasta me escribió para decirme que, en caso de seguir adelante con mis planes matrimoniales me privaría de mi herencia. Si lo hacen ¡qué remedio!, pues no son los bienes materiales los que deseo para mí, sino el cariño de mi esposo, y no obstante, al leer la carta de mi mamá no pude evitar exhalar las amargas quejas de mi corazón atribulado. ¡Y pensar que sería muy fácil a mi alma encontrar reposo!, si ellos simpatizaran un poco con mis sentimientos. Ahora me doy cuenta de lo doloroso que es el amor.

Pero, maestro, he tomado una resolución. En *La Biblia* se afirma que la mujer debe dejar a sus padres y seguir en obtemperancia a su cónyuge, luego entonces, ya que el Cielo me ha señalado quién será el mío por toda la eternidad, sólo Tanaka Jideo merece mi sumisión.

Tanaka aún no consigue medios de subsistencia, el dinero que había preparado se agotó en el fin de año

próximo pasado. La pobreza ha contristado su ser. Yo tampoco veo medios de alejar la penuria de nuestro hogar (y digo nuestro hogar porque a pesar de que no recibiremos nada de mi familia, seguimos pensando en la posibilidad de una vida en común), a menos que encuentre un empleo; por eso he pensado solicitar uno en la biblioteca de Ueno donde necesitan una muchacha que quiera aprender el manejo del acervo. Estoy persuadida de que si Tanaka y yo nos colocamos, jamás pasaremos hambres.

Maestro, en verdad discúlpeme por darle tantas preocupaciones. Sé que, como mi supervisor, es razonable que se aflija por mí.

Mis padres se regodean en su error y lo hacen más grande. En realidad a la distancia que están, no pueden entender que nuestro amor no es deshonesto.

Mis padres me hablan y me hablan de nuestro linaje; pero, si me permite decirlo maestro, yo no soy una mujer que pueda brindar el corazón plegándose a la conveniencia de sus antepasados, como hacían las mujeres antiguamente.

Profesor: tengo mucha pena porque; como vivo en su casa; le causo problemas a usted y a su esposa. Discúlpeme por favor.

Profesor: permítame continuar hasta el fin con lo que me he propuesto.

Con la venia del maestro.

Yoshiko

Así que después de todo, pensaba Tokio, la fuerza del amor había arrastrado a la pareja a lo profundo del abismo.

Tokio pensó que no podía permitir que el dúo que formaban continuara unido. Bastante había hecho en su afán de mantener el secreto de los enamorados, se había degradado representando el papel de “amable protector”, e incluso los había defendido resueltamente en una carta que, recientemente, había enviado a los padres de su alumna. Todo para conseguir el favor de Yoshiko, quien, al parecer, no lo amaría nunca. Escribió aquella vehemente apología a la familia de la muchacha porque después de todo sabía que ellos no darían su consentimiento. Y desde luego, ésa era su ilusión.

En dicha carta llegó a afirmar que todo el problema suscitado por Yoshiko podría arreglarse con la visita de, por lo menos, uno de ellos a la capital.

En la respuesta, tal como lo esperaba Tokio, la familia de su discípula dejó en claro que consideraba inútil que alguno de ellos se trasladara a la ciudad, pues el supervisor de Yoshiko se llamaba Tokio y por lo tanto, a nadie más le correspondía hablar, y que por esta causa, se negaban a discutir más el asunto, so pena de desheredarla. Desde el punto de vista de Tokio, Tanaka y Yoshiko habían recibido este pago como justa recompensa a su amor.

A orillas del Tone, con la contestación en la mano, Tokio pensaba en las cuentas que tendría que rendir a su discípula.

También meditaba en las palabras audaces de Yoshiko, quien le había dicho que, aún contra el deseo expreso de sus padres, estaba dispuesta a vivir con Tanaka. ¡Y vaya!, que ni siquiera sabía hasta dónde habían llegado ya. Por otra parte, el mejor esfuerzo

realizado en socorro de la joven se convertía en nada, pues ella actuaba y decidía sin tomarlo en cuenta y sin percatarse de que, con tales actitudes, adquiriría fuertes obligaciones morales que él podría aprovechar para su propio beneficio en el futuro.

Tokio, para calmar la tormenta de su pecho, caminó por el muelle del río, sobre el cual la luna se reflejaba. Un halo ceñía al astro invernal, la noche era agradable. La luz de las lámparas brillaba en reposado silencio en cada ventana de cada casa del muelle. Un poco de niebla flotaba sobre la haz del agua. A veces se oía el rumor de un barco. Río abajo llamaban porque querían cruzar. El sonido del expreso era como el trueno; pero después nuevamente quedaba todo tranquilo.

Aún más que el asunto de Yoshiko, a Tokio, le dolía su soledad en medio de su propia familia; a medida que avanzaba rumiaba este sentimiento en su corazón.

Tanto para los hombres, como para las mujeres, los treintaicinco años añaden significado al dolor de la vida. Ese dolor y la lucha en la que estaba inmiscuido Tokio contra su trabajo, su concupiscencia, y su esposa que había dejado de satisfacerlo rápidamente, integraban, en conjunto, una fuerza que presionaba terriblemente su pecho. Para él Yoshiko había sido el alimento que había nutrido su existencia y la flor que había ocultado la certidumbre de su pequeñez. El poder de la belleza de Yoshiko había hecho retoñar el erial de su alma y lo había llevado a renacer con renovado vigor. Y ahora tenía que volver a su vida solitaria, desolada y mediocre. Ardientes lágrimas de descontento y celos corrieron por sus mejillas.

Tokio pensó en el tipo de amor que Yoshiko cultivaría toda su vida. Su propia y cruel experiencia le permitía saber que después de que la pareja viviera junta algún tiempo, llegarían el aburrimiento y la fatiga, pues tal era la lastimosa situación de la mujer que ha confiado su cuerpo a un hombre. De repente, Tokio se llenó de pesimismo al considerar las tinieblas que esconden el enorme poder de la naturaleza en el más profundo lugar secreto.

Entonces Tokio se dio cuenta de que honestamente era necesario encontrar una solución. Pensó que hasta ese momento muchas de sus acciones habían sido antinaturales y desleales. Marchó, en el acto, a escribir otra carta a los padres de su alumna.

Esta vez Tokio redactó unas líneas apasionadas explicando abundantemente el estado actual de las relaciones de la pareja, y como colofón añadió:

“Ya es tiempo de que usted, como padre de Yoshiko, yo como maestro y ella y su pareja que son los interesados, tengamos un encuentro para discutir seriamente este problema, pues sólo de esta manera podremos conocer el punto de vista de cada uno de nosotros. Sé que usted, por su parte, está sumamente ocupado, pero quisiera que sin falta acudiera a la capital, así se renovarían mis esperanzas respecto al futuro, como escritora, de Yoshiko y le quedaría muy agradecido.”

Cerró el sobre y escribió inmediatamente: “Sr. Yokoyama Jyoosoo, ciudad de Niimi, Viicchuu”; luego lo puso a un lado y lo escrutó, pues con éste se jugaba su destino. Resignado llamó a su ayuda de cámara.

Tokio supuso que la carta tardaría en llegar a Viichuu uno o dos días. El cartero la dirigiría a esa pequeña ciudad rural ubicada en el centro de un valle, en ese punto habría otro hombre que la llevaría a lo más recóndito de la región. En el instante en que el papá de Yoshiko, alto y con bigotes, leyera la comunicación se decidiría su fortuna.

CAPÍTULO VIII

El día diez de enero Tokio regresó a la capital.

A la mañana siguiente llegó la respuesta de Viichuu. En ella, el padre de Yoshiko anunciaba que saldría hacia Tokio en unos dos o tres días.

Al parecer Tanaka y su novia esperaban algo así y por eso no mostraron, de momento, asombro alguno.

En cuanto estuvo en la ciudad, el papá de Yoshiko se alojó en Kyobashi; después, como a las once de ese día dieciséis de enero, visitó la morada de Tokio. Como era domingo, el escritor estaba en casa. El señor Yokoyama vestía levita y sombrero alto, y tenía aire de cansancio debido al viaje tan largo.

Poco antes de que llegara su papá, Yoshiko había salido a una consulta al doctor, pues aproximadamente tres días antes había pescado un resfriado y le dolía la cabeza debido a la fiebre. Regresó unos minutos después y entró por la puerta de atrás. Se notaba un tanto desconcertada. Tan pronto la vio, la esposa de Tokio le dijo:

—Yoshiko, Yoshiko, ¡qué problema tiene!, su padre acaba de llegar.

—¡Mi padre!

A pesar de que sabía que vendría, la muchacha se sorprendió. Y dejando todo como estaba subió a la carrera al segundo piso y no bajó más.

La esposa de Tokio llamó a la joven con insistencia, pero ésta no respondió. Al ir a buscarla, la encontró de bruces sobre su escritorio.

—Yoshiko.

No hubo respuesta.

Se colocó al lado de Yoshiko y la volvió a llamar con suavidad, por fin, la joven levantó su pálido rostro.

—Te grité varias veces.

—Pero, señora, ¿por qué tengo que entrevistarme con mi padre?

Yoshiko empezó a llorar, pues sufría un colapso nervioso.

—Vamos, hace mucho tiempo que no lo ves, ¿no es verdad? De todas maneras es imposible que hoy no lo hagas. No debes preocuparte por su visita, todo saldrá bien.

—Pero, señora.

—En verdad, todo va a arreglarse, sé firme, si le hablas con el corazón nada puede salir mal.

La esposa de Tokio se daba cabal cuenta de todo lo que sucedía y quería intervenir, pero por alguna razón Yoshiko había preferido confiarse a su esposo. Ella estaba segura de que sería imposible que el papá de Yoshiko se mantuviera inflexible contra la pareja, si la joven le hablaba con lágrimas acerca de la honestidad de su amor.

—¡Qué milagro, Yoshiko! ¿Has estado bien? —dijo el padre en cuanto la vio.

—Papá... —respondió la joven y se le quebró la voz.

—Acabo de llegar —comentó el señor Yokoyama desde su lugar ubicado a un lado de Tokio, y añá-

dió—, nos detuvimos en Sano ¿eh? El tren sufrió una avería. Tuvimos que esperar por lo menos dos horas, los motores sufrieron un gran daño, ¿eh?

—¿Y luego?

—Veníamos a toda velocidad cuando se oyó un ruido espantoso, el tren se inclinó y empezó a avanzar lentamente y a veces retrocedía, ¿eh? Cuando el motor se descompuso dos bomberos murieron instantáneamente, ¿eh?

—¡Huy, qué peligroso!

—Un mecánico llegó desde Numasu, pero de todas maneras tuvimos que esperar dos horas, ¿eh? En ese lapso no hice nada más que pensar ¿para qué voy camino a Tokio? Si hubiera pasado algo, hija, te hablo, mírame a los ojos, me parece que tus hermanos no te lo hubieran perdonado, ¿verdad?

Yoshiko asintió en silencio.

—Fue peligroso; sin embargo, en lo particular, no tuve nada que lamentar.

—¡Menos mal!

Tokio y el padre de Yoshiko departieron un poco más sobre el accidente ferroviario.

De repente Yoshiko exclamó:

—Papá, ¿cómo están todos en casa?

—Um —respondió éste—, bien, todos bien.

—¿Y mi mamá?

—Um, también hija, gracias, sí. Incluso, como últimamente he estado muy ocupado, ¿eh?, le pedí a ella que viniera en mi lugar; pero, claro está, al final pensamos que era preferible que yo lo hiciera.

—¿Y mi hermano mayor?

—Um, sí, él tampoco ha podido descansar en estos días.

La cena fue servida mientras el anciano hablaba de esta forma. Yoshiko regresó a su cuarto. Cuando la comida terminó y mientras bebían el té, Tokio reinició la conversación sobre el problema de Yoshiko.

—Entonces —dijo el maestro—, ¿usted reprueba totalmente sus vínculos amorosos?

—La aprobación es una cuestión secundaria, —contestó el padre de Yoshiko—, pues el problema de mi hija no depende de ella ¿eh? Porque aun si diera provisionalmente mi consentimiento, el muchacho seguiría teniendo sólo veintidós años y seguiría siendo un alumno del tercer grado en Dooshisha.

—Es cierto, pero si usted viera al joven, quizá encontraría algo que prometiera un mejor futuro.

—Ya, pero en este asunto las promesas y cosas semejantes no van con mi moral. Yo no he visto al joven, ¿eh? Tampoco lo conozco bien; pero si detiene en su desarrollo a una estudiante inexperta y además no aprecia las atenciones que con él tuvo por años su mentor de la iglesia de Koobe y se aleja de él sin más, porque sí, por un capricho de niño egoísta, entonces pienso que las palabras salen sobrando, ¿eh? Yo siento que ese hombre ha abusado de la ingenuidad de mi hija. Porque, por ejemplo, ¿eh?, Yoshiko en este lapso le ha enviado una carta a su mamá, ¿y sabe qué le dice?, le escribe diciendo que ese hombre está sufriendo y que por eso es necesario que le enviemos dinero, ¿eh? Dinero a ese tipo para sostener sus estudios en Waseda, aunque le dejemos de dar a ella para

sus gastos. ¿Cómo se puede juzgar esto? Como ha podido engañar a mi niña, si no es con toda la labia y experiencia de un hombre muy astuto, ¿eh?, y ¿qué son todos esos planes improvisados?

—No había reparado en eso, pero...

—Aunque todo este asunto parece muy singular, para mí es bastante claro. Yoshiko, ingenuamente, prometió ayudarlo y entonces él, viendo la oportunidad, le dijo que había descubierto que la religión es opresiva y que lo que en realidad le gusta es la literatura. ¡Qué casualidad! Luego, rápidamente, deja todo y viene a la capital, y aunque usted intenta vencerlo y él carece de medios económicos, se queda a vivir en Tokio. ¡Claro! como tiene quién lo mantenga. A mí no se me va de la cabeza la idea de que en ese amor apasionado que él siente, hay gato encerrado.

—Pero no podemos asegurar que él haya burlado a Yoshiko, por eso creo que todavía se puede explicar su comportamiento de buena fe.

—Aunque aprobese sus relaciones, ellos tendrían problemas. Una promesa de matrimonio es algo muy importante. Esa promesa me obliga a examinar la posición social y la ascendencia del novio. También me interesa estudiar su carácter. A propósito, ¿usted me ha hablado de la genialidad del muchacho?

—Bueno, en realidad nunca he dicho eso.

—Entonces, explíqueme: ¿qué personalidad tiene ese Tanaka?

—Hasta donde yo sé, la esposa de usted ha tenido un trato más prolongado con él.

—¡Qué cosa! Válgame Dios, no, no, no, sólo se encontró con él dos o tres veces en la escuela dominical de la iglesia de Suma, en realidad ella no lo conoce bien. De todas maneras, creo haber oído decir que ciertamente, era algo brillante, probablemente entonces conquistó a Yoshiko, que era estudiante en la escuela femenina superior en aquellos días. Sí, creo que decían que a pesar de su corta edad, era tan capaz como cualquier adulto en la predicación y la oración.

—Así que de ahí viene su tono de discurso —se dijo Tokio para su colete, y su desagradable mirada perdida en el cielo—, sí, con seguridad ésa es la expresión facial que toma al orar.

El escritor se sintió deprimido al pensar que quizá esa actitud había atraído a Yoshiko.

—Entonces, en conclusión, ¿qué vamos a hacer?, ¿lo acompañará Yoshiko de regreso a su hogar?

—Eso... No he pensado en llevarla de vuelta, eso sería algo poco usual, ingrato y triste en mi aldea; como usted sabe, tengo una posición de honor y varias misiones de caridad en ella, lo que ha pasado, aunque nos preocupa, no es sino una pequeña anomalía. Como dice usted, sería mejor si el joven regresara a Kioto y mi hija se quedara aquí todavía, ¿eh? Uno o dos años para recibir el apoyo de usted, ¿eh?

Los dos varones siguieron platicando de la pareja, mientras esperaban a Tanaka, quien había sido citado por ellos. Tokio relató lo que sabía del viaje a Saga y Kioto y lo que aconteció después. Habló también del vínculo espiritual que seguramente sostenían los enamorados, quienes, sin duda, decía él, ha-

bían evitado los actos pecaminosos. El señor Yokoyama asentía en silencio, en tanto recapitulaba los sucesos de los últimos años. Recordó aquel momento en que como orgulloso propietario del interior, había enviado a su hija a estudiar a la ciudad; sus éxitos, los cuales la habían conducido al Liceo Femenino de Koobe, y después a ser aceptada como discípula por un escritor como Tokio con la esperanza de que llegara a ser novelista, y durante todo este tiempo él, como padre, había tenido que ser tolerante con ella, ya que era de salud frágil.

Luego, no muy animado, el anciano exclamó:

—Pero..., en fin... Tendríamos que ver si en verdad ese par ha mantenido una relación limpia —apenas formulado este juicio, le dolió ser tan severo con su hija.

Tanaka llegó con una hora de retraso. Yoshiko también fue requerida para la conversación.

Tanaka iba impecablemente vestido con un jacama de rayas blancas y un jaori azul marino como el de los estudiantes.

El padre de Yoshiko sentía cierto desprecio y desconfianza por Tanaka. La animadversión por este joven, que le había robado algo que siempre había asumido como su propiedad, era muy semejante al sentimiento que había germinado en el ánimo de Tokio desde que conoció al novio de Yoshiko en aquella habitación del hotel donde éste se hospedaba.

Tanaka escuchó la reconvención paterna sentado en el tatami, mirando directamente al señor. Más que de obediencia su actitud era hostil, porque parecía

que en su opinión, tenía derecho a disponer libremente de Yoshiko.

La conversación fue grave y violenta. El padre no lo condenó directamente, pero a veces ponía algo de sarcasmo en sus palabras.

Aquel diálogo lo inició Tokio, pero posteriormente Tanaka y el señor Yokoyama continuaron solos. El anciano era miembro de la asamblea de la prefectura, por eso su discurso era cadencioso y hábilmente conducido. El mismo Tanaka, que estaba acostumbrado a las discusiones públicas, se veía obligado a guardar silencio. Hubo dos puntos fundamentales en el debate. Primero se trató lo relativo a la autorización del noviazgo. Después, de algo más urgente: el regreso de Tanaka a Kioto.

Pero Tanaka sentía que no podía dar marcha atrás, no ahora que había descubierto que su vida religiosa había sido un completo error, que carecía de hogar y amparo, y cuando después de casi tres meses, sus planes podían verse coronados con el éxito en Tokio, por eso, repetía con obstinación, se negaba a mudar su residencia a Kioto.

Con mucha paciencia, el señor Yokoyama le explicó nuevamente todo a Tanaka.

—Usted asegura que no puede irse de aquí —dijo el anciano—, y estoy seguro de que así es, pero debe hacerlo. Si ama a mi hija es necesario que se sacrifique por ella. Si Kioto le resulta muy ingrato, puede dirigirse a provincia. Abandone sus metas: es por el bien de ella. Claro, tal acto de renunciamiento sería bien visto en mi familia.

Tanaka se rebelaba en silencio.

El escritor terció, de nuevo, en la conversación, al notar que el muchacho se aferraba a su negativa:

—¿Ya comprendiste lo que dijo el señor padre de Yoshiko? Él no ha calificado de pecaminoso su comportamiento, ni ha condicionado la aprobación futura de sus relaciones. Ustedes son muy jóvenes y apenas están a la mitad de sus estudios. El señor sólo desea que tengan paciencia, y esperen algún tiempo ¿no lo entiendes? Por ahora es totalmente imposible que anden juntos. Uno de ustedes dos debe abandonar Tokio y creo que es razonable que lo hagas tú, porque tú llegaste después que tu novia.

—Entiendo —contestó Tanaka, y añadió—. Yo he actuado mal en todo este asunto, por eso soy el que debe irse primero. Sin embargo, profesor, usted ha dicho con anterioridad que el señor Yokoyama no impedirá en el futuro mi romance con Yoshiko; pero todavía no sé si eso debo considerarlo un compromiso de su parte.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tokio.

El padre de Yoshiko intervino entonces:

—Sé que te sientes defraudado porque hasta ahora no te he prometido nada. Pero antes de que esté en condiciones de hacerlo tendremos que hablar bastante. Y todavía no ha llegado la hora de hacerlo. Ustedes están a la mitad de sus estudios. Tú todavía no eres independiente económicamente hablando. Si tus intenciones son serias, entenderás lo que te digo. Si te has sentido defraudado por esta plática y te parece más bien un engaño fraguado para ocultar mi intención de casar a mi niña con alguien diferente, te juro ante Jehová Dios, y el

maestro aquí presente, que no permitiré que ella dé la mano a otro hombre en los próximos tres años. Sin embargo, no puedo prometerte que ella te seguirá aguardando toda su vida. Por el momento, Dios reprueba su noviazgo; pero ¿quién sabe?, tal vez llegue a adecuarse a su voluntad. No lo sé, no lo puedo predecir, pero debes confiar en él sinceramente y actuar con honestidad.

—¿Ves —intervino Tokio—, qué comprensivo es el señor Yokoyama? Te esperará tres años, ése es un plazo razonable y una verdadera bendición, máxime que el tipo que pudo haber seducido a la hija de un hombre honorable no puede esperar tener una plática serena y formal con el padre ofendido. Así las cosas, ten en cuenta que él podría llevarse a Yoshiko a su casa sin que tú pudieras hacer nada. Esperemos tres años, hasta que se haga patente tu sinceridad; mientras tanto, Yoshiko no será dada en matrimonio. Estas palabras son un favor más grande y profundo que el mismo permiso, ¿entiendes?

Tanaka permaneció un momento con la cabeza baja y el entrecejo fruncido; luego su tensión se desbordó en un gran llanto. Como si les hubiera caído un balde de agua fría, todos guardaron silencio.

Tanaka enjugó sus lágrimas con un puño. Tokio aprovechó el instante para urgir su respuesta.

—Lo que me pase a mí —afirmó Tanaka mientras secaba sus ojos—, es sólo asunto mío de aquí en adelante. ¡Ya nada me importa! ¡Aunque me entierren en la provincia, no me importa!

—¡Qué deplorable! —dijo Tokio—, sería mejor que de plano desobedecieras. Esta reunión ha tenido el pro-

pósito de revelarnos lo que cada uno opina en relación con el noviazgo de ustedes, así como también llegar a un acuerdo satisfactorio para todos; pero tú te comportas de manera irracional. Así que, si te parece desagradable volver a provincia, entonces Yoshiko lo hará.

—¿No podemos permanecer los dos juntos en esta ciudad?

—No, no tienen mi licencia.

—Y para mí será de todo punto imposible supervisarla y definitivamente no voy a cuidar el desarrollo de ambos.

—¡Entonces no me importa ir a enterrarme a provincia!

—No... —con voz entrecortada por el llanto, Yoshiko lo interrumpió—, no... Es preferible que yo me sacrifique. Yo soy mujer... Soy mujer y puedo acogerme a tu éxito. A mí tampoco me importa sepultarme en provincia... yo volveré a casa.

De nuevo todos los presentes callaron.

Después de un rato Tokio rompió el silencio y dirigiéndose a Tanaka en tono muy diferente dijo:

—De todas formas, ¿por qué no regresas a Kioto? ¿Por qué no le explicas lo que ha sucedido a tu tutor de Koobe, para que te disculpe por tu mal comportamiento? ¿No sería bueno reingresar a Dooshisha? Por otra parte, el que Yoshiko tenga vocación para las letras, no quiere decir que tú también debas dedicarte a ellas. Creo que tienes carácter para ser un gran religioso, o un teólogo, o un reverendo.

—Yo —contestó Tanaka—, ya no lo deseo. No pertenezco a la clase de gente fuerte que puede expli-

car la doctrina a otros. Lo que más sentiría si tuviera que marcharme ahora sería que después de tres meses difíciles había empezado a vislumbrar un futuro mejor, gracias al apoyo de un amigo que me ha proporcionado techo y vestido.

Los tres empezaron a discutir otra vez. La conversación tuvo un final incierto. Tanaka dijo, al partir, que esa noche hablaría con su camarada y que en la mañana o al día siguiente traería una respuesta definitiva.

Sólo el padre de Yoshiko y Tokio permanecieron en el cuarto.

Eran las cuatro de la tarde, hora del crepúsculo en invierno. La luz, que había durado hasta ese momento, abandonó su último refugio.

—El muchacho es una persona impenetrable —aventuró el padre de Yoshiko.

—Es muy torpe. Hubiera sido mejor que hablara claramente y que nos esclareciera un poco más su opinión.

—Los del interior son así, es gente apocada, gustan de ocultarse en artificios y enseguida caen en el mutismo. Los que vivimos en la región de Kantoo y en Toojoku somos diferentes, ¿eh? Si algo no nos gusta lo decimos; si queremos algo lo decimos, así expresamos nuestros verdaderos sentimientos; eso es bueno, ¿no? Nunca actuamos patéticamente, ni sustituimos los argumentos por trampas como el llanto y los sollozos.

—Como las que aquí realizó él.

—Ya veremos mañana, seguramente encontrará alguna razón para no acceder y no regresar a Kioto.

Repentinamente nació en Tokio la sospecha acerca de la relación amorosa de los jóvenes. La violencia de Tanaka y el énfasis en sus derechos para disponer a su antojo de Yoshiko, motivaron los recelos del escritor.

—Entonces, ¿qué dice usted sobre la conducta de la pareja? —preguntó Tokio al padre de Yoshiko.

—Ajá... Bien, creo que tenemos que suponer el hecho de que, a Dios gracias, se han librado de ceder a la tentación de la carne.

—Sí, yo también siento que aunque siempre quede la duda hay que confiar en ellos, y darles la oportunidad de defenderse. Considero que es muy probable que, como dice ella, en el viaje a Saga no haya pasado nada repudiable porque sus sentimientos se manifestaron hasta el instante de la separación. Lo que puede disipar todo resquemor son las cartas, si es que hay alguna, que intercambiaron en esa época.

—Bueno, pero creo que no debemos ir tan lejos en este examen...

El padre de Yoshiko parecía temer la verdad definitiva, no obstante estar casi seguro del tipo de noviazgo de la pareja.

Desafortunadamente, al llegar a ese punto, entró Yoshiko llevándoles el té.

Tokio urgió a su alumna para que le mostrara la correspondencia, que seguramente guardaba, y que podría servir para certificar la pureza inmaculada de su cuerpo.

Yoshiko se sonrojó tan pronto escuchó esa petición. En su cara apareció la actitud de una persona de familia noble a la que se ha insultado.

—Por desgracia, quemé todas las cartas que recibí en aquellos días —contestó Yoshiko en voz baja.

—¿Las quemaste?

—Sí —asintió la joven.

—Eso es increíble.

El rostro de Yoshiko enrojecía más y más. Tokio no podía reprimir su enojo, a duras penas se contenía, pero su corazón latía aceleradamente.

Tokio se levantó y fue al excusado. Estaba nervioso y asombrado. La certeza de haber sido engañado lo hacía reaccionar con furia.

Yoshiko lo esperó de pie intimidada por lo sucedido. El maestro la encontró al salir del baño, junto a la puerta de papel.

—Profesor, de verdad, es una lástima, pero quemé esos documentos.

—Ahora dime una mentira —gritó Tokio y después de cerrar violentamente su cuarto, se dirigió al fondo del mismo.

CAPÍTULO IX

El padre de Yoshiko regresó a su hotel después de la cena. Esa noche la angustia de Tokio hizo crisis. El que le hubieran visto la cara de tonto hacía hervir su rencor, sentía en lo más íntimo de su ser que el alma y el cuerpo de su discípula le habían sido arrebatados por un estudiante, mientras que él, estúpidamente, había actuado como un conejo acorralado conduciendo su amor honestamente; pero que, si las cosas habían llegado a ese punto —si ella se había entregado a Tanaka— entonces, él ya no tenía por qué respetar a esa mujer como si fuera virgen. Ya nada le estorbaría, sería audaz y satisfaría su apetito sexual.

Hasta ese momento había considerado que la belleza de Yoshiko tenía una naturaleza celestial; pero ahora la veía como una prostituta, cuya carne viciosa y vacía corrompía hasta sus acciones más nobles.

Tokio pasó una noche en el infierno. Abatido, ansioso, a ratos hacía planes, a ratos apretaba los puños lleno de coraje y resentimiento; se torcía y revolvió en la cama. Diversos sentimientos pasaban por su ser como nubes de tormenta. Con la mano sobre el corazón se preguntaba qué sería preferible hacer, y si en realidad ella había caído en pecado o había logrado salvar su doncelléz. De la respuesta que pudiera dar a estas

interrogantes dependería su comportamiento futuro, porque si las cosas eran como las imaginaba, entonces el regreso de Tanaka a Kioto le daría la libertad de aprovecharse de la debilidad de Yoshiko para hacerla suya.

En su mente, Tokio barajaba varias posibles cosas que podría hacer con el cuerpo de Yoshiko, con tales pensamientos su pasión se volvía a excitar.

La joven dormía en el segundo piso. ¿Qué tal si cuando ella ya estuviera descansando subía él subrepticamente, y allí, a solas los dos, le mostraba cuán grande era su amor por ella? Quizás aceptaría remediar los síntomas de su mal. Pero tal vez gritaría y llamaría a los demás. Aunque también era probable que, al comprender sus sentimientos y su aflicción, lo aceptara todo, pasivamente, como un sacrificio por él. Y si ella procediera de tal forma, ¿qué pasaría a la mañana siguiente?, al mirarse a la luz brillante del día, ¿se notaría angustia en sus ojos, o no habría diferencia en ellos?

Tokio, asociando, recordó aquella novela corta de Maupassant: *Padre*. En especial se acordó de la acertada descripción de los sentimientos de la protagonista que primero se acuesta con un hombre y después se entrega a un llanto desesperado.

Una fuerza luchaba en Tokio con vigor contra estos pensamientos sombríos. Pasó la noche de congoja en congoja, de agonía en agonía, dando vueltas en la cama sin poder dormir. Mientras, inexorable, el reloj seguía marcando las horas: la una, las dos, las tres, y él escuchaba las campanadas incapaz de conciliar el sueño.

Yoshiko también estaba angustiada. Al levantarse, a la mañana siguiente, se veía demacrada. Apenas tocó el tazón de su desayuno. Evitó encontrarse con el rostro de Tokio. Parecía que su inquietud se debía, más que a su pecado, al hecho de que al fin su secreto había sido descubierto.

Esa tarde Yoshiko dijo que saldría un rato, pero Tokio no le dio permiso porque él permanecería en casa y podrían estudiar juntos. De esta manera pasó la jornada. La respuesta de Tanaka no llegó ese día.

Yoshiko no comió ni cenó. La casa se llenó de melancolía.

El solitario Tokio, con un rostro donde era notoria su amargura, bebió sake hasta que anocheció. La esposa no sabía cómo interpretar el mal humor de su marido, ni la angustia mortal de la joven, porque ayer, pensaba, la plática sentó las bases para lograr la armonía entre nosotros.

La señora llevó comida al segundo piso, al considerar que, puesto que la chica no había probado bocado, tendría seguramente un hambre terrible.

Al poco rato descendió y a pregunta expresa le dijo a Tokio que la joven estaba a oscuras, plegando sobre el escritorio una carta que acababa de escribir.

—¿Una carta? —preguntó Tokio—, ¿una carta para quién?

Rápidamente subió con estruendo las escaleras con la intención de prohibirle a su alumna enviar cualquier tipo de comunicación a su novio.

—Pero somos jóvenes, maestro —dijo ella con un tono lastimero de súplica; todavía estaba frente al es-

critorio, en un cuarto sin luz—. Por favor maestro, repitió, somos jóvenes, espéreme un poco... Además ésta es para usted.

Tokio bajó. Después de un rato su esposa le ordenó a la criada que encendiera las lámparas del segundo piso. Cuando la sirvienta volvió traía una carta que le entregó a su patrón.

Con corazón sediento Tokio leyó el pliego:

“Profesor, me declaro culpable. Estoy corrompida.

He abusado de su benevolencia. Maestro, me he conducido solapadamente con usted. Jamás conseguiré la expiación de mi pecado, aunque ruegue mucho. Por favor, profesor, tenga piedad de mi flaqueza. Usted, maestro, me ha enseñado las nuevas exigencias de Meidi y cómo el deber de la mujer es nuevo e innovador, pero yo he sido incapaz de alcanzar la altura que se requiere para lograr ese ideal. Yo soy, ya se ve, una mujer conservadora, no tengo valor para poner en práctica la ideología de Meidi. He intercambiado puntos de vista con Tanaka y ambos hemos acordado que “eso” no lo manifestaremos a nadie.

Lo que aconteció ya no tiene remedio; mas le prometo que de aquí en adelante él y yo pugnaremos por conservar la castidad de nuestro idilio. Pero, profesor, mis imperfecciones me hacen indigna de su angustia y sus pensamientos. He aquí que en verdad soy culpable de toda la maldad que he generado y de la que me ha rodeado. Mi caída es tan grande que todo el día de hoy he sufrido al pensar en ello. No sé si en alguno de los días de hoy he sufrido al pensar en ello. No sé si en alguno de los días de mi peregrinar bajo este ancho combo, velo de zafir que nos cobija, alcance, como gracia

del sumo Dios del cielo, la paz. Por favor, profesor, no acentúe mi dolor, no hurgue en las llagas de esta carne que se pudre. Tenga piedad de esta mujer abyecta.

Estúpidamente me he cerrado las mejores opciones, ya no tengo en quién confiar, si usted me vuelve la espalda, ¿cómo será mi vida futura?

Espero su compasión,

Gracias.

Yoshiko

Tokio sintió que se lo tragaba la tierra. Su corazón latía aceleradamente cuando se puso de pie con el papel en la mano.

La intensidad de la carta, el hecho de que en ésta Yoshiko decidiera confesarse libremente, la actitud general de desahogo, y la abierta demanda de amparo no tenían explicación alguna.

Tokio, con un gran revuelo de pasos en la escalera, llegó hasta Yoshiko. La encontró todavía frente al escritorio. Con solemnidad se asentó junto a ella.

—Estoy de acuerdo contigo: ya no hay remedio —le dijo Tokio a su alumna—, no puedo hacer nada más; te devuelvo tu carta y te juro que callaré respecto al asunto del que hablas en ella. El conejo permanecerá en su esquina, para siempre. Ten la plena seguridad de que tu confianza en mí, como tu maestro, no será defraudada. Sin embargo, tal como están las cosas, es razonable que salgas de la ciudad. Mientras más pronto, mejor, de preferencia esta misma noche. Así podremos aprovechar el que tu padre aún permanece en ella, y el que ya hemos hablado de este asunto con él.

Tan pronto comieron algo de arroz cocido, prepararon la travesía.

Yoshiko no podía controlar su dolor y su descontento, pero la majestuosa orden de Tokio no estaba a discusión.

Juntos, maestro y alumna, abordaron el tranvía para Ishigaya. Se sentaron en el mismo asiento, mas sus labios no pronunciaron una sola palabra. Bajaron en Yamashitamon y de ahí se encaminaron a Kioobashi donde se hospedaba el padre de Yoshiko.

Encontraron al señor Yokoyama en su cuarto, quien no mostró un particular enojo cuando le contaron sucintamente las últimas noticias pues, aunque hasta el final quiso evitar el regreso con su hija, comprendió que ya no había otra salida.

Yoshiko no estaba triste, ni contenta, solamente parecía asombrada por su destino singular.

Todavía Tokio intentó un último recurso, preguntándole al señor Yokoyama, si le permitiría encargarse de su hija en caso de que su familia no estuviera dispuesta a recibirla, a lo que el anciano respondió que eso ni siquiera en una situación más comprometida podrían permitirlo, puesto que ella necesitaba a sus padres. Por otra parte, Yoshiko parecía determinada a volver a su hogar si con ello la dejaban en paz; Tokio, entonces, la entregó a su papá y regresó a su casa.

CAPÍTULO X

A la mañana siguiente Tanaka Jideo se entrevistó con el maestro. Repentinamente había decidido explicarle a éste una multitud de asuntos porque, decía, a cada minuto que pasaba se convencía de que al explicarle sus motivos particulares, ambos coincidirían en que le era imposible regresar a Kioto.

Mientras Tanaka, con circunloquios, trataba de explicar que, quienes han compartido alma y cuerpo, en calidad de novios, ya no pueden separarse, la satisfacción del triunfo aparecía en el rostro de Tokio.

—Concluamos —dijo el escritor—, se acabó, ya no existe el problema: Yoshiko me lo ha contado todo, absolutamente todo. ¿Creyeron que podrían engañarme? ¡Qué amor tan santo el de ustedes!

¿No?

Rápidamente la cara de Tanaka cambió; los sentimientos de vergüenza, indignación y angustia que azotaban su corazón lo hicieron enmudecer.

—Ahora, la cosa ya no se puede detener —continuó Tokio—, yo no puedo hacer ya nada por esta relación que también a mí me hartó: ayer le entregué su hija al señor Yokoyama.

Tanaka permaneció sentado en silencio; su cara macilenta se estremecía; súbitamente hizo una reve-

rencia de despedida y salió a la carrera, incapaz de seguir justificándose.

Como a las diez de la mañana Yoshiko y su padre llegaron a casa de Tokio. La joven venía a recoger algunos de sus efectos, pues a las seis de la tarde abordarían el expreso que los llevaría de regreso a su pueblo; la mayor parte de equipaje sería enviado después por mensajería. El pecho de Tokio se estremeció, pese a estar más tranquilo que antes.

Tokio, al pensar que no miraría de nuevo el hermoso rostro de Yoshiko, ya que la distancia a Niimi era de casi ochocientos kilómetros, volvió a ser consciente de su enorme soledad. Pero, por otra parte, haberla arrebatado de las manos de su rival para devolverla a las del padre, le daba cierta felicidad. Por eso pudo absorberse en una conversación jovial con el anciano.

Para ser sólo un caballero rural, el padre de Yoshiko conocía bastante de pintura y escritura, particularmente de Setshuu, Okio y Yoosai, así como de los rollos de Sannioo, Chikuden, Kaikoku y Sadzan, de los cuales poseía colecciones enteras. De esa guisa continuaron departiendo, hasta que les avisaron que el joven Tanaka había vuelto y demandaba hablar con el maestro.

Tokio recibió al estudiante en el cuarto de ocho tatamis, mientras que el de seis donde estaba el señor Yokoyama fue cerrado. Nadie notificó de su visita a Yoshiko quien permaneció, ajeno a todo, en su habitación del segundo piso.

—¿Volverán a su pueblo?

—Sí, así parece.

—¿Viajarán juntos Yoshiko y su padre?

—Es un hecho.

—¿A qué hora saldrán? Dígamelo, por favor, se lo suplico.

—Lo siento, en la situación presente, no puedo decírselo.

—Entonces, ¿me dejaría verla aunque fuera un momento? Quisiera que me lo permitiera antes de que parta.

—Eso es imposible.

—Quizá podría decirme dónde se hospeda el señor Yokoyama, quiero pedirle un consejo.

—Dudo que sea bueno revelarle la dirección.

Diciendo esto, Tokio abandonó a su visita, Tanaka permaneció un rato sentado en silencio. Luego salió de la casa.

Enseguida se sirvió la comida de medio día, en la mesa del cuarto de ocho tatamis. Como ésta era una comida de despedida, la esposa de Tokio se esmeró y quiso algo especial.

Tokio tenía interés en compartir con Yoshiko y su padre esos alimentos. Sin embargo, la muchacha dijo que no tenía hambre, la anfitriona trató de persuadirla, pero no lo consiguió. Tokio subió a verla.

Sólo la ventana oriental estaba abierta, por eso el cuarto estaba oscuro; por todo el piso, estorbando el paso, había libros, revistas, kimonos, obis, botellas y bultos de equipaje, entre ellos, el baúl chino. El olor a polvo era extremadamente fuerte, en medio de todo ese desorden se encontraba Yoshiko, quien lloraba al preparar su equipaje.

Yoshiko había llegado tres años antes llena de esperanzas juveniles acerca de su futuro en Tokio. ¡Qué lamentable era comparar a las dos Yoshikos; qué sombrío era todo! Ella volvía con los suyos sin haber escrito nada memorable, lo que hacía insoportablemente más triste su destino.

—Qué tal —dijo Tokio—, si nos sentamos a la mesa, donde nos espera lo que mi esposa ha querido prepararte para desearte buena suerte. Pasará mucho tiempo antes de que comamos juntos de nuevo.

—Maestro —exclamó Yoshiko al mismo tiempo en que rompía en llanto.

El corazón de Tokio latía con energía. Valientemente, Tokio trató de hacer un examen de conciencia acerca de su papel como maestro, mas estaba tan triste que también tenía ganas de llorar; carecía de palabras de consueño para la mujer amada cuyos ojos se anegaban en lágrimas, en medio del polvo y los libros regados por el suelo de un cuarto oscuro.

A las tres de la tarde en punto llegaron tres autos. El baúl chino y la bolsa de tela levantaron una gran nube de polvo al ser sacados al vestíbulo, de ahí los tomaron para meterlos a los carros.

Yoshiko, hermosa como nunca, usaba un abrigo rojo y negro y, en su cabello, un moño blanco; sólo sus párpados hinchados dejaban ver a las claras su pena.

La esposa de Tokio salió a despedirlos y Yoshiko le estrechó las manos vigorosamente.

—Señora —dijo la chica—, adiós... Yo volveré, estoy segura, tengo que lograrlo.

—Si, así será, regresarás, quizá dentro de un año, pero estoy segura que te veré de vuelta.

Así le respondió mientras le tomaba las palmas presa, también, de una infinita piedad que le permitía identificarse con los sufrimientos de Yoshiko.

Era un día frío de invierno. Los carros salieron de Ushigome en orden: primero iba el del padre de Yoshiko, luego el de ella y al último el de Tokio.

La esposa de Tokio y la criada permanecieron en la calle siguiendo con los ojos los autos hasta que sólo fueron un recuerdo doloroso. A espaldas de la esposa de Tokio, una vecina trataba de imaginarse el significado de tan repentina mudanza. Más atrás, en la esquina de una vereda, estaba parado un hombre de sombrero café. Yoshiko volteó dos o tres veces.

Cuando los autos salieron de Koyimachi y tomaron el camino de Jibiya, Tokio empezó a pensar que si aún Yoshiko, que entre las estudiantes modernas indudablemente destacaba por lo recio de su carácter, había sucumbido a su naturaleza femenina, qué no sucedería en otros casos. Pensaba, asimismo, que los moralistas aprovecharían la ocasión para escandalizar con el problema de la mujer actual, en su propia vida desolada, en el dolor del señor Yokoyama, y que seguramente había muchísimas estudiantes en las mismas circunstancias. En el camino andaba gente que miraba indiferente al carro lleno de equipaje, al padre y al otro hombre de mediana edad que iban cuidando a una estudiante de naturaleza floral.

Llegaron al hospedaje de Kioobashi en donde reunieron las pertenencias del señor y liquidaron la

cuenta. En ese edificio Yoshiko y su padre habían parado por primera vez tres años antes, al arribar a la capital. Allí mismo los había visitado Tokio. Al comparar a los tres que eran entonces con los tres que eran ahora, una emoción profunda llenó sus corazones, sin embargo, cada uno de ellos evitó mostrar sus sentimientos a los otros.

A las cinco en punto se dirigieron a la estación Shimbashi y entraron a la sala de espera de segunda clase.

Enormes multitudes se movían en gran desorden. Las mentes de los que iban a despedir a sus familiares y las de los que partían estaban completamente perdidas; el ruido intenso de los andenes hacía eco en los corazones de los viajeros. Dolor, felicidad, curiosidad, ¡cuántos sentimientos se daban cita en aquella estación!

En ese momento la muchedumbre se hizo más compacta; al parecer era bastante la gente que partía a Koobe en el expreso de las seis; a empujones y gritos los viajeros se reunían. Tokio compró dos almuerzos en el kiosco del segundo piso y se los dio a Yoshiko, luego adquirió su boleto para ingresar a la sala de espera y facturó los equipajes. Sólo restaba esperar.

Los tres estaban seguros de que Tanaka se encontraba en la estación oculto entre el gentío, pero no podían distinguirlo.

Una campana sonó. La masa humana pasó por la puerta donde se checaban los boletos; todos querían ser los primeros en abordar, cada uno estaba impaciente, el desorden era general. Tokio y sus dos acompañantes lograron superar la confusión del momento y de repente se encontraron en la amplia plata-

forma de salida, enseguida abordaron el carro de segunda clase más cercano.

Paulatinamente, el carro se fue llenando. Había comerciantes listos para dormir en el largo camino, oficiales de campo que probablemente regresaban a Kure, y grupos de mujeres en plática franca en el dialecto de Osaka.

El señor Yokoyama extendió una manta blanca; puso a su lado su pequeña maleta, y se sentó con su hija. La luz eléctrica del vagón realzaba la palidez del rostro de Yoshiko. El padre se acercó a la ventana varias veces para expresar su gratitud a Tokio y pedirle que se hiciera cargo de todos los asuntos que aún restaban. El maestro permaneció de pie junto a la ventana con su sombrero de fieltro y su jaori de seda.

A espaldas de Tokio había un grupo de personas que habían venido a despedirse, entre ellas había alguien que estaba tratando de ocultarse tras un pilar. Yoshiko terminó por notarlo, entonces su ser entero se estremeció, el señor Yokoyama se mostró inconforme; sin embargo, Tokio absorbido en sus sueños no se preocupó por saber quién era ese hombre.

Llegó el momento de la partida. Tokio, ensimismado, pensaba en el futuro de Yoshiko (el tren inició lentamente su marcha, se detuvo); en que la relación entre ellos no habría tenido tan trágico final si su esposa hubiera muerto en el último parto, porque entonces hubieran contraído nupcias y vivido felices juntos (el tren reanudó su movimiento); en que ésa habría sido la vida ideal, una vida dedicada a la literatura, a los indecibles tormentos de la creación litera-

ria, de los cuales ella le hubiera consolado, que quizás ella hubiera podido salvar su corazón desolado; mientras, como un estribillo de idiota, se repetía las palabras que Yoshiko le había dicho a su esposa:

—¿Por qué no nací un poco antes? Sí, ¿por qué no? Yo también habría podido ser la esposa del profesor. Sí, ¿por qué no?, eso habría sido interesante...

¿El destino impediría siempre que Yoshiko y él se casaran?

—Yo también habría podido ser la esposa del profesor...

¿Nunca podría llamar papá al señor Yokoyama? La vida era larga y daba extrañas vueltas.

—Yo también habría podido ser la esposa del profesor...

Quizás lo que ella había estado ocultando, hasta que le había sido arrancado mediante la confesión de la carta, le daría a él, que tenía muchos años más, la oportunidad de hacerla su mujer. Sí, destino, vida... Quizás.

Anteriormente le había exigido a Yoshiko la interpretación del *Punin* y *Baburin* de Turgueniev; pero ahora él mismo hacía a un lado las explicaciones para dejarse conmovir con la historia. Ahora experimentaba en su propia carne dolorida el significado que tenía, para la vida humana, lo que el escritor ruso asentó en su narración.

El conductor hizo sonar su silbato.

El tren se perdió en la lejanía.

CAPÍTULO XI

De nuevo la casa de Tokio se llenó de tristeza y desolación. Todo el tiempo se oía la voz de la esposa riñendo con los niños bulliciosos; esto le producía a Tokio un sentimiento desagradable. La vida volvió al carril de tres años antes.

Al cumplirse el quinto día de su partida llegó una carta de Yoshiko. Esa misiva no estaba escrita en estilo guembun itchi, sino en el cortés sorobun:

Anoche, llegué a casa con bien. Por favor abandone sus preocupaciones por este viaje mío. Sé que usted siempre tiene mucho trabajo y muchas cuitas, y quiero presentarle mis excusas por haber sido yo quien aumentó sus tribulaciones. Le pido su bendición. Abundaría en mis disculpas, pero, sobre todo por el enojoso asunto de la confesión de mi supuesta impureza, mi corazón todavía está tan apesadumbrado como el de un conejo acorralado.

Siempre me rehusé a partir, incluso cuando ya nos despedíamos. Por favor juzgue si es falso esto que afirmo: cada vez que estoy ante una puerta de vidrio, me imagino que es la de Simbashí, y es como si aquella hubiera sido un espejo espiritual que hubiera reflejado completamente mis sentimientos.

En nuestro vecindario la nieve ha cubierto el camino de las montañas del norte en una extensión de se-

venta kilómetros cuadrados, lo que trae a mi memoria aquel agudo verso de Kobayashi Issa: "¿Está mi confortable vivienda rodeada por diez metros de nieve?"

Mi padre hubiera anhelado escribirle algunas líneas de saludo en esta carta, pero como usted sabe, hoy hay feria en la aldea, y le es materialmente imposible hacerlo; no obstante, me ha pedido que le transmita sus respetos.

Con esto dejo el pincel por hoy.

Yoshiko.

Tokio se quedó pensando en los sesenta kilómetros cuadrados de nieve en el camino a la montaña y en las ciudades de provincia. Echaba de menos a su alumna, pues la amaba con una intensidad que le causaba dolor.

Tokio le había prohibido a la criada cualquier trastorno del orden en la que había sido recámara y estudio de Yoshiko, pues imaginaba que en el inalterado desván, atraparía, de alguna manera, la sombra de la presencia que ella había dejado.

Aquella tarde el viento de Musashino soplaba con vigor, y los viejos árboles de atrás de la casa gemían. Lentamente subió las escaleras. Abrió la ventana oriental como el día de la despedida; entonces el cuarto se llenó por completo de brillante luz. En el segundo piso todo permanecía como Yoshiko lo había dejado al partir: el escritorio, el librero, la botella y el frasco de carmín, así podía pensar que la mujer amada no estaba porque había ido a la escuela como siempre.

Hincado de rodillas, Tokio abrió el cajón del pequeño pupitre y miró adentro. Ella había abandonado

en él un viejo listón manchado del aceite que usaba para abrillantar su cabello. Tokio lo tomó para olerlo; a gatas se acercó al armario; luego poniéndose de pie, corrió la puerta del mismo, dentro había tres enormes canastas de madera de sauce atadas con hilo delgado que iban a ser enviadas por paquetería al domicilio de Yoshiko. A continuación, Tokio se colocó frente a donde se apilaban los edredones, entre los cuales estaba también el colchón que su alumna usaba cada noche. Tanto uno como otro tenían un complicado dibujo verde claro y eran de algodón grueso. Tokio sacó el edredón de Yoshiko de la pila; el olor del aceite y el olor del sudor de la joven hicieron estremecer de nostalgia el pecho de Tokio, más allá de lo expresable.

Tokio presionó su cabeza en el terciopelo del cuello del edredón, que se distinguía por su desaseo. El corazón del maestro moría de añoranza por el aroma de la muchacha.

El deseo sexual, el dolor y la desesperación ahogaron a Tokio durante un instante; luego extendió el colchón encima del edredón y en su cálido y sucio cuello enterró su rostro y lloró.

El cuarto estaba oscuro. Afuera rugía el viento.

(Septiembre, Meidi 40).

El edredón, novela naturalista japonesa,
se terminó de imprimir en octubre de 1994
en los talleres de Corporación Industrial Gráfica, S.A.
Cerro Tres Marías 354,
Col. Campestre Churubusco, México, D.F.
Composición tipográfica: Servicio Fototipográfico, S.A.
Se imprimieron 1 000 ejemplares
más sobrantes para reposición.
Cuidó la edición el Departamento de Publicaciones
de El Colegio de México.

EL COLEGIO DE MEXICO



3 905 0564487 G



El edredón de Tayama Katai es una novela naturalista en la cual la crítica sociopolítica se halla ausente; sin embargo, aunque no intenta socavar al Estado, en el contexto del optimismo posterior al fin del siglo XIX, cumple el papel de exhibir descarnadamente lo que se esconde tras el respetable hombre civilizado, así como la miseria oculta tras la débil sombra del progreso. Yokoyama Yoshiko, personaje femenino de *El edredón*, se esfuerza por ocultar su rusticidad (su carácter japonés), adoptando los aspectos más visibles y superficiales del modo de ser occidental; el cristianismo le atrae por sus festividades, pues para ella no es fácil alcanzar el sentido profundo de esta religión, que, para fin de siglo, era ya muy popular en Japón.



Centro de Estudios
de Asia y África

